Fernández

ANTONIO F. LEPINA Y ENRIQUE TEDESCHI

LO QUE NO TE ESPERAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

original de LUIS BARZINI y ARNALDO FRACCAROLI

traducción y arreglo





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923



LO QUE NO TE ESPERAS

Lo que no te esperas

COMEDIA EN TRES ACTOS

original de

LUIS BARZINI Y ARNALDO FRACCAROLI

traducción y arreglo de

ANTONIO F. LEPINA Y ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el TEATRO IMPERIAL
el 6 de Enero de 1923.



MADRID
Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40
1923

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA SEÑORITA CLAUDINA... ...	Srta.	Antonia Herrero
EL CONDE ADONIO.....	Sr.	París (Manuel).
MAX LINDO...		García.
EL DIRECTOR DE LA DRAMOCINE...		Cuenca.
EL ADMINISTRADOR...		Peinador.
EL COMISARIO...		Navarro.
EL PROFESOR...		Cejuela.
CARACHI...		Brasal.
JOSE...		Pérez Mula.
UNA DONCELLA...		Robles.
EL PORTERO...		Fuentes.
LADRON 1.º...		Alyman.
LADRON 2.º...		González.
EL OPERADOR...		Navarro.

Varios actores de cine.

La acción, en nuestros días, en Italia, en una capital cualquiera.

NOTA. Se ruega encarecidamente a los directores que no hagan ningún corte en el diálogo de esta comedia.



ACTO PRIMERO

Salón ultra-moderno en el palacio del Conde Adonio. Las paredes están tapizadas de ricas telas de vivos colores y dibujos raros y llamativos. Al foro, grandes puertas de cristales, que pueden abrirse, poniendo en comunicación el salón con un patio, de la más moderna antigüedad. A la derecha, puerta que comunica con la entrada general, y en la izquierda, otra puerta, que da acceso a las habitaciones particulares del Conde.

Muebles diversos, muy modernos y muy lujosos. Lámpara de madera en concordancia con ellos. En un caballete, un cuadro futurista, que representa, al parecer, unas espirales entrelazadas entre manchones de los colores más vivos y detonantes.

Muebles precisos. Un secreter, que puede ser un escritorio japonés en laca roja; un velador, sobre el que hay un aparato telefónico, y un arcón antiguo.

La acción comienza por la tarde. El patio aparece iluminado por el sol.

ADONIO, que lleva un raro batín, aparece sentado de espaldas al público en un sillón, con profusión de cojines bajo los pies, brazos y espalda. Tiene en los dedos un cigarrillo, que de cuando en cuando lleva a los labios con gran pereza.

José *(Por la derecha.)* ¿Llamaba el señor?

Adonio Sí ¿Qué hora es?

José *(Mirando el reloj, que está en primer término, de espaldas al Conde.)* Van a dar las cinco.

Adonio ¡Creí que era más tarde!... ¡Qué despacio pasa el tiempo!

José *(Muy respetuoso.)* En efecto, señor. Es desesperante. *(Después de una pausa.)* ¿Manda más el señor?

Adonio Nada.

José *(Duda un instante y luego avanza unos pasos.)* Dispense el señor... Antes de que sea demasiado tarde. ¿Quiere usted mandar poner una cerradura nueva en la puerta del patio que da a la carretera? Tal vez el señor no lo crea, pero de ser exacto que en la madrugada última han intentado forzarla...

Adonio ¡Exageraciones del portero!... Ese hombre siempre ve en todo cosas extraordinarias, estupendas. ¡Dichoso él!...

José El señor siempre tiene razón, pero ningún trabajo cuesta poner una buena cerradura...

Adonio ¡No puede ser! Se trata de una puerta antigua procedente de un palacio veneciano. Una cerradura de seguridad desentonaría. Haría horrible. En la época, aún no se importaban cerraduras inglesas ni americanas...

José Sí... Pero en este caso... Si el señor consiente en oir al portero, tengo la seguridad... Lo he mandado pasar... ¿Permite el señor? *(Dirigiéndose hacia la derecha.)* Pasa.

(Adonio, indolentemente, se vuelve)

Portero *(Entrando.)* Buenas tardes, señor...

Adonio Oigamos en pocas palabras qué es lo que ha pasado.

Portero Que anoche vinieron unos ladrones...

Adonio ¿Tú los viste?

Portero No, señor conde.

Adonio Entonces...

Portero Pero los he oído. Anoche estaba yo todavía despierto cuando oí un ruido extraño, un rig-rig que venía del patio. Me levanté, fuí a ver...

Adonio ¿No sería el viento?

Portero Perdone el señor, pero el viento no habla, y yo oí unas palabras...

Adonio ¿Qué palabras oiste?

Portero Unas blasfemias contra la cerradura, porque era antigua y no servían para ella las ganzúas...

Adonio *(Mirando con suficiencia a José.)* ¿Eh? *(Al portero.)* ¿Y qué hiciste tú?

Portero Un ardid que he aprendido en la guerra. Empecé a decir a gritos, pero conteniendo la voz, así: ¡Todo el mundo a mi lado! ¡No se adelante nadie! ¡Gaspar! ¡Domingo! ¡Enri-

que!... *(Con voz natural.)* Todos los nombres que se me ocurrieron. *(Otra vez con el aliento.)* ¡Por aquí! ¡Preparar las armas!...

José ¡Qué idea más ingeniosa!

Portero Tretas que hemos aprendido los hombres de la guerra...

Adonio ¿Y ese ardid surtía efecto?

Portero En la guerra, nunca; pero aquí resultó muy bien; el ruido cesó en el acto. Luego sentí que huían.

Adonio ¿Y después?

Portero Nada más.

Adonio ¿Y eso es todo?

José *(Preocupado escucha hacia la derecha.)* Has dejado la portería abandonada y siento ruido... ¡Alguien ha entrado!

Adonio ¡Podíamos emplear el ardid!

(Llaman discretamente con los nudillos en la puerta de la derecha.)

José ¡Llaman!

Adonio ¡Qué lástima! Adelante.

Administ. *(Entra trayendo bajo el brazo una cartera de documentos. Es un viejo bonachón, amable, optimista.)* Perdone usted, señor Conde. No he encontrado a nadie en la portería ni en el vestíbulo... y como no podía anunciarme nadie... me anuncio yo mismo.

Adonio Ha hecho usted admirablemente. *(Tendiéndole la mano.)* En esta casa siempre se le ve con alegría.

Administ. *(Indicando la cartera.)* ¿A mí o a ésta?

Adonio A usted, a usted. *(A los Criados.)* Pueden ustedes retirarse. Y usted, excelente amigo, hágame el favor de sentarse. *(Vanse los criados por la derecha.)*

Administ. ¿Me he hecho esperar? Se lo pregunto porque como administrador me he preciado siempre de ser la puntualidad personificada.

Adonio *(Sentándose y suspirando.)* Realmente esta vez también ha sido usted de una puntualidad... inexorable.

Administ. *(Al sentarse le llama la atención el cuadro futurista.)* ¡Jesús, qué cosa más rara! ¿Una nueva adquisición, tal vez?

Adonio Sí. ¿Le gusta a usted?

Administ. Tiene... Tiene mucho color... ¿Y qué es lo que representa?

Adonio *(Sin inmutarse.)* Es mi retrato.

Administ. *(Asombradísimo.)* ¿Eh? ¿Que es su retato? *(Se cala las gafas y mira alternativamente al Conde y al lienzo.)* Realmente... Es algo impresionante...

Adonio ¿Verdad? Es el retrato de un alma más que de un cuerpo.

Administ. *(Sonriente, sentándose de nuevo.)* No lo niego... porque como parecido fisonómico...

Adonio Eso del parecido es una vulgaridad. Una anticualla imbécil... Tal vez usted no comprenda esto.

Administ. Sí. En efecto. El arte futurista es para mí un arcano. Bueno. ¿Hablamos un poquito de negocios? *(Sacando papeles de la cartera.)* Aquí tiene usted el estado de caja hasta fin de mes... Los resguardos de los ingresos en la cuenta corriente. El resumen de las operaciones de Bolsa. El estado de las fincas... Aquí, como siempre, para evitarle molestias, el resumen general...

Adonio Bien, bien. *(Mirando con indiferencia.)* Sobre poco más o menos, la cifra de siempre...

Administ. Un aumento progresivo...

Adonio Pero, ¿ninguna complicación? ¿Nada imprevisto?

Administ. ¿Qué complicación quería usted?

Adonio No, ninguna. Era una pregunta.

Administ. ¡Qué carácter más especial tiene usted, señor Conde! Parece enteramente que está usted contrariado de la buena marcha de sus rentas...

Adonio Nada de eso. Al contrario. Pero me aburre que siempre ocurran las mismas cosas.

Administ. ¡Quéjese usted! Yo, como administrador y apoderado general de su patrimonio, le voy aumentando las rentas y se las entrego con toda puntualidad. A usted se le antoja esto demasiado monótono... ¡Si por variar prefiere usted verse arruinado!...

Adonio ¡Qué sé yo!

Administ. ¿Qué sabe usted? ¡Ah, eso es grave!

Adonio ¡Y tan grave, amigo mío!

Administ. ¡Y yo que le creía a usted ser el más dichoso del mundo!

Adonio Realmente...

Administ. Entonces, ¿qué es lo que echa de menos en su vida tan tranquila y regalada?

Adonio — Pues... Eso... Lo que echo de menos es algo imprevisto.

Administ. — ¿Algo imprevisto?

Adonio — Sí, señor; porque soy un hombre condenado a que no le suceda nada extraordinario, ni bueno ni malo. Desde pequeñito me viene ocurriendo siempre lo que debe ocurrirme, con una seguridad, con una monotonía que causa desesperación. Nunca me pasa algo que no espere.

Administ. — ¿Eso es todo?... Procure usted distraerse, leer...

Adonio — *(Exaltado.)* ¿Leer? ¡Pero si ha sido justamente la literatura la que me ha puesto en estas condiciones de espíritu! Yo no hacía más que devorar cuentos y novelas, por cientos, por miles, sin cansarme nunca. Compartía las emociones, las angustias, de todos los protagonistas de los dramas y de las novelas. Puede decirse que vivía su misma vida. Pero, ¿qué me ha ocurrido? Pues que cuando me ha cansado la ficción y he dejado de leer, como me había acostumbrado a una vida fantástica tan variada, movida y sensacional, la realidad se me antoja horriblemente monótona, aburrida, vulgar...

Administ. — ¿Y por qué ha dejado usted de leer?

Adonio — Por cansancio... Pero era igual. Ahora se han puesto de moda las novelas en que no pasa nada y en que se nos insulta a los que tenemos dinero y no somos bohemios o alcohólicos o viciosos.

Administ. — ¡Qué lástima!

Adonio — Ya, los acontecimientos fantásticos, las cosas estupendas hechas sólo con papel y tinta, no me conmueven... Estoy ansioso de algo imprevisto, pero auténtico, y en lo que yo intervenga como protagonista.

Administ. — Bueno; pues esto no es difícil. A la edad de usted y con su fortuna, hay tantas cosas... Los deportes, por ejemplo...

Adonio — *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Hombre! ¡Si los deportes justamente son el triunfo de la previsión! Estriban en un esfuerzo calculado, metódico, exacto y también penoso, cuyo resultado final suma cero.

Administ. — Los viajes...

Adonio — ¡Por Dios! Consultar guías de ferrocarriles,

mapas, tarifas, donde todo está previamente dispuesto, fijado... ¡Vaya una cosa imprevista! *(El Administrador se encoge de hombros muy significativamente.)*

José *(Entrando, dice discretamente aparte a Adonio.)* Señor. Está la señorita...

Adonio *(Aparte.)* Ruéguela que tenga la bondad de esperar un momento. Dile que estoy despachando con el Administrador. *(Vase el Criado.)*

Administ. *(Que ha oído, sonríe y saca un grueso paquete de billetes de Banco.)* ¿Tampoco le satisfacen a usted los imprevistos del amor?

Adonio ¡Menos que ninguno! En este mundo no hay nada más antiguo e igual que el amor.

Administ. Sin embargo, las mujeres no dejan de ser algo así como problemas vivientes.

Adonio ¡Bah! Unos problemas ya resueltos por completo. Con poca práctica se acierta con todas. Lo que es yo sé siempre de antemano lo que va a decirme mi amante.

Administ. Permítame usted que lo dude.

Adonio ¡Palabra! Hoy, por ejemplo, preveo una escena de celos.

Administ. ¿Por qué?

Adonio Pues sencillamente porque cuando las mujeres sienten la necesidad o el capricho de hacer una escena, la hacen de celos, por instinto, porque así dan la batalla en su propio terreno. Por lo mismo, cuando una mujer necesita unos trajes nuevos se pone insoportablemente celosa.

Administ. *(Levantándose.)* Francamente; de eso no entiendo. Mucho temo que su enfermedad sea incurable. *(Indicando los billetes que ha dejado sobre la mesa.)* Aquí tiene usted el metálico, los resguardos, la cuenta resumen, los comprobantes. Si se toma usted la molestia...

Adonio *(Levantándose perezosamente.)* Hasta la vista, querido amigo.

Administ. *(Irónicamente, saliendo.)* Vamos, anímese usted, desgraciado joven.

Adonio *(Adonio arroja los billetes en el cajón de un mueble.)*

Claudina *(Entra sin que la anuncien. Da unos pasos. Se para y al cabo de un instante dice con ironía y cierta impaciencia.)* ¿Se puede? ¿Da usted su permiso? ¿Es posible ver al señor?

Adonio Siempre, monina. No olvides que estaba esperándote.

Claudina ¡Ya, ya he visto de qué modo me esperabas!... Por eso has hecho que me encierren en la biblioteca. ¡Claro, como el señor estaba tan ocupado!...

Adonio *(Acercándose con calma y ademán conciliador, pero aburrido.)* Estaba hablando de negocios.

Claudina *(Alejándose.)* ¡Qué duda cabe!... ¡Ya conozco tus negocios! *(Negándose a darle la mano, con un gesto de repugnancia.)* ¡No me toques!

Adonio *(Retirando la mano con resignación.)* ¡Ya estamos! Tenía previsto que esto era inevitable.

Claudina *(Patética.)* ¡Y pensar que para poder estar más tiempo contigo he venido antes de la hora!... ¡Poco contento que te hubieras puesto en otros tiempos de haber anticipado yo mi visita!

Adonio *(Conciliador.)* Y hoy también.

Claudina ¡Con qué alegría recibías entonces todo anticipo mío!... Pero la tonta soy yo. Debía habérmelo figurado.

Adonio Eso es. Debías haberte figurado que de venir antes, yo podía estar ocupado involuntariamente.

Claudina *(Prorrumpiendo.)* ¡Ya, ya!... ¿Te crees acaso que soy tonta o he perdido la memoria? Siempre que te han anunciado alguna visita estando yo contigo, ¿qué es lo que has mandado decir al criado?

Adonio Que estaba despachando con mi administrador. Tú misma buscaste la fórmula.

Claudina *(Triunfante.)* Y hoy querías que yo me tragase la bola. ¡Eso sí que no, hijo! ¡Ni que fuese tonta! *(Buscando furiosa.)* A ver, a ver si el administrador se ha dejado por aquí alguna horquilla, algún lazo, algún bucle postizo... Los administradores son tan distraídos, que siempre suelen dejar algo por los divanes. *(Mostrando con verdadera indignación una peineta que acaba de recoger de sobre un sofá y levantándose triunfalmente.)* ¡Aquí lo tienes! ¿No lo decía yo? ¡A ver si ahora te atreves a seguir negando!

Adonio ¡Pero si esa peineta es tuya! La compraste conmigo...

Claudina Pues... sí... Es cierto. *(Otra vez furiosa.)* ¡Pero podía muy bien haber sido de otra!

Adonio Vamos, mujer. De haber tratado de ocultarte alguna aventura, no iba a escoger justamente el pretexto que tú misma me has aconsejado.

Claudina ¡Cómo tienes tan poca imaginación!...

Adonio Muchas gracias.

Claudina No, no, no bromees. No tienes bastante delicadeza para respetar mi pena. *(Conmoviéndose.)* Porque soy tan tonta que sufro atrozmente por cualquier cosa. *(Se desploma en una silla y saca del bolso un diminuto pañuelo, con el que se toca los ojos. Luego saca la cajita de los polvos y la barra de los labios y se arregla.)*

Adonio La verdad, de no estar tan convencido de que tengo toda la razón...

Claudina *(Con ímpetu.)* Demuéstrame que tienes razón. A ver. Demuéstramelo. Pruebas.

Adonio En el acto. *(Saca el dinero y los documentos que acaba de guardar.)* Aquí tienes el dinero, las cuentas del administrador...

Claudina ¡Es verdad!

Adonio ¿Lo estás viendo, mujer?

Claudina *(Amable y sumisa.)* A veces las apariencias...

Adonio Bien. No se hable más del asunto.

Claudina ¡Ay!, es que no te puedes imaginar, Adonio... Te quiero demasiado... Sí, así como suena... Te quiero demasiado. Ese es mi defecto... Y luego... *(Como haciendo una íntima confidencia.)* Si supieras. Estoy estos días tan agitada, que por cualquier cosa pierdo la serenidad, me pongo hecha una fiera... ¿Por qué?... ¿Me preguntas por qué?

Adonio Yo, no.

Claudina Haces muy bien, porque no te lo iba a decir. ¿Decirte a ti lo que me pasa? ¡De ningún modo! Antes que causarte a ti el más pequeño mal rato...

Adonio *(Mientras habla Claudina ha sacado del cajón un manojo de billetes de mil liras. Los cuenta aparte. Se sienta, y cuando Claudina termina de hablar, levanta la cabeza y pregunta con tranquilidad y dulzura.)* ¿Tienes bastante con cinco mil?

Claudina *(Tímida.)* ¿Para que?

Adonio Para... tu agitación.

Claudina *(Muy cariñosa.)* No me hables de eso, por Dios... Cuando dos se quieren de veras... no hay ningún secreto. Hasta las palabras están de más.

Adonio ¿Cinco mil quinientas?

Claudina ¡Cómo aborrezco yo el dinero! Si por mí fuera, no querría ni un céntimo, lo que se dice ni un céntimo. *(Con gesto de repugnancia.)* Pero la vida es así...

Adonio ¿Seis mil?

Claudina ¡Qué bueno seres!... Créeme que de no estar cierta de que no tengo yo la culpa, sentiría unos remordimientos horribles... Pero vivimos en unos tiempos sencillamente imposibles... Ya no puede una hacerse los trajes más imprescindibles para una temporada por menos de *(Con acento indiferente y pronunciando de prisa la cifra.)* siete mil ochocientas setenta y cinco liras. Aquí precisamente, tengo por casualidad la cuenta de la modista.

Adonio *(Entregándole ocho billetes de mil liras.)* Aquí tienes ocho mil. ¿Estás contenta? ¿Te parece que tengo poca imaginación?

Claudina *(Muy tierna.)* ¡Calla, calla por Dios! Procura olvidar tontunas. Yo, por mi parte, ya lo ves. Ni siquiera me acuerdo de todo el daño que me has hecho, Adonio de mi vida. *(Se sienta en sus rodillas y le abraza. El Conde echa el resto del dinero en el cajón y cierra, pero sin echar la llave.)*

(JOSE entra en el momento en que los amantes se abrazan, pero sigue avanzando muy correcto, como si tal cosa, y filosóficamente, a dos pasos de la pareja, espera a que hayan terminado las expansiones. Trae una bandeja con una tarjeta.)

Adonio *(Viendo a José hace retirarse a Claudina.)* ¿Qué hay?

José *(Entregando la tarjeta.)* Este caballero necesita hablar al señor con toda urgencia.

Adonio *(Mirando la tarjeta.)* ¡Si no le conozco!

José Yo tampoco.

Adonio Di que no recibo a nadie. Estoy muy ocupado.

José *(Con intención.)* Diré que el señor está despachando con el administrador.

(El Director de la Dramo-Cine se presenta tras la vidriera del foro y mira hacia el interior sin cumplidos de ningún género.)

José *(Que le ve al volverse para salir.)* ¡Toma, si está ahí! Ha dado la vuelta.

(El Director, al ser visto, saluda ceremoniosamente.)

Adonio *(Enojado, a José.)* Ya es preciso recibirle. Hazle pasar.

Claudina ¡Qué descaro!

José *(Abriendo la vidriera del foro.)* Pase usted, señor. *(Vase mirando con enojo al visitante.)*

Director *(Es un tipo singular. Presume de guapo, se viste con elegancia detonante, se mueve con extraordinaria afectación, que él quiere que sea desenvoltura de buen tono.)* ¿Tengo el honor de hablar con el señor Conde Adonio de Rivalata? Perfectamente. Temía que no estuviese en casa. Inmediatamente va usted a darse cuenta del motivo de mi visita. *(Haciendo una profunda reverencia.)* Señora...

Adonio *(Muy frío.)* Por de pronto me doy cuenta de que trae usted mucha prisa.

Director ¡Oh, muchísima! Como que la tarde declina y tengo los minutos contados. Cuando estoy en pleno drama, no soy hombre que me guste dejar las cosas de un día para otro.

Adonio *(Dando un salto.)* ¿Un drama?

Director ¡Y qué drama! Ya verá usted qué gran sensación va a causar. Pero no insisto en hablar con usted, a fin de preparar la celada.

Adonio *(Asombrado.)* ¿Una celada? Pero ¿qué dice usted?

Director Sí, señor. Una celada para la que no puede haber sitio más a propósito que éste.

Adonio Pero, ¿qué está usted diciendo, caballero?

Director Ahí. *(Señala el patio.)*

Claudina *(Aparte a Adonio.)* ¡Mándale a paseo!

Adonio Pero, caballero, le ruego tenga la bondad de explicarme lo que quiere decir.

Director Se lo diré en muy pocas palabras. Se trata de un crimen misterioso. Don Mendo es tutor de una noble huérfana que está enamorada de un oficial de los Tercios de Flandes; pero un bandido apodado «El Terror Violeta», de quien toma el título el drama, roba a Carmen y la interna en la Sierra...

Adonio (*Impaciente.*) Pero, en fin, ¿se puede saber quién es usted y qué es lo que desea?

Director (*Sumamente sorprendido.*) Pero ¿es posible que usted no me conozca?... ¿Qué periódicos suele usted leer? (*Saca del bolsillo unos periódicos ilustrados.*) Aquí tiene mi retrato en el último número de «El Eco del Arte Mudo». Y aquí...

Adonio ¡Ah! ¿De modo que lo que usted desea es poner aquí en escena un drama cinematográfico?

Claudina (*Que mira el periódico.*) Sí... Sí es realmente. Y muy parecido. El comendador Fondali, el incomparable director de la Dramo-Cine... Que sea enhorabuena, caballero.

Director A Dios gracias no soy un desconocido para nadie. Ahora, señor conde, ¿ha comprendido usted de lo que se trata?

Adonio Sí... Es decir... No. No acierto a comprender qué relación tengo yo con el drama...

Director Pues muy sencillo. Que la acción es en España, en la antigua España, y su patio tiene el más bello estilo español que he visto en mi vida...

Adonio ¿Mi patio? ¡Pero si me ha costado una fortuna darle el más puro carácter italiano del siglo XV!

Director (*Con sonrisa compasiva.*) Es que usted no le mira con ojos cinematográficos. Yo empiezo por cortar los capiteles, suprimir las arcadas, quitar la escalera...

Adonio Eso será si yo me presto a un derribo...

Director No es eso, no es eso. Yo sólo necesito quitar lo superfluo. Corto el cuadro a esta altura. (*Corta el aire con la mano.*) Le limito aquí y aquí, (*Corta lateralmente.*) que es lo que necesito para el cuadro cinematográfico.

Adonio Sí, sí. Comprendo.

Director Suprimidos los capiteles y la escalera del rincón del patio, el resto es de un carácter español verdaderamente extraordinario. Luego, con unas palmeras y unos naranjos, accesorios que siempre van en el autocamión para dar el color local a los cuadros, nadie podrá dudar que estamos en Sevilla o en Granada.

Adonio (*A Claudina.*) ¿Has oído? Vamos a estar en

Sevilla o en Granada. Va a resultar muy bonito.

Director Esta mañana, al dirigirme con la compañía a impresionar unas escenas en el campo, vimos el patio y de nuestros pechos se escapó un grito unánime... ¡Era lo que nos faltaba para el momento culminante de la película!... Como era temprano, y para la escena del patio no nos conviene mucho sol, porque sucede de noche, seguimos para el campo, y ahora aquí nos tiene usted. Voy a dar órdenes. *(Sale por el foro y entra en seguida.)*

Claudina Pero esta gente ha invadido la casa sin ninguna consideración.

Adonio ¿Y quién es capaz de negarle nada a ese hombre?

Claudina *(Que mira por la vidriera del foro.)* Ven, Adonio... ¡Ah, si los conozco a todos! Aquel es el que hace el Príncipe de «La mano que estranguló a nueve».

Adonio ¿En qué?

Claudina En una célebre película, hombre. Mira, aquél es el que se deja partir por un tren en dos pedazos... ¡Ya traen los naranjos y las palmeras!

Adonio ¡Ya estamos en Sevilla.

(Por el patio, a través de la vidriera, aún cerrada, se ve a los artistas cinematográficos y a los auxiliares. Los artistas llevan gabanes y guardapolvos sobre los trajes, que son de trusa. Mas Lindo viste de bandido, pero de bandido de cromo.)

Director *(Entra seguido de dos actores vestidos del modo más estrafalario. Sobre la trusa llevan gabanes de trabilla. Uno con chambergo y el otro con sombrero hongo.)* Vamos, pronto. Abrir de par en par esas vidrieras para tomar desde aquí. Pon tú las cintas limitando el campo. Fuera ese trasto, que estorba.

Adonio *(Al Director.)* ¿Nos permitirá usted que nos quedemos en casa?

Director *(Pasando por delante de ellos muy atareado y distraído.)* Sí; pero con tal de que se estén quietos en un rincón. ¡A ver, operador! *(Entra el operador.)* Tome desde aquí. *(El operador, con la máquina de impresionar, se coloca en el centro del salón, de espaldas al público, enfocando el patio.)* ¡A empezar! *(Los ar-*

tistas se despojan de gabanes y guardapolvos, quedando en los trajes apropiados al asunto de la película.) ¡Colocarse! *(Los artistas pasan al patio.)* ¡Prevenidos!... ¡Una, dos!... ¡Tres! *(Toca un silbato.)* ¡Se está impresionando! *(La acción cinematográfica se desarrolla en el centro del patio. Aparece en él Carmen, leyendo una carta a la luz de un farol, que sostiene un criado.)* ¡Alza bien el farol!... ¡Lee tú con dificultad, que se vea bien que es de noche!... ¡Que es ya media noche!... ¡Estupor en las caras!... ¡Hablar comentando con horror lo que leéis!

Carmen *(Con acento patético.)* ¡Es que el estúpido de Enrico ha pintado en el papel unas caricaturas que hacen reir a un guardacantón!

Criado ¡Ah! ¡Hay que ver las narices que le ha puesto a Max Lindo!

Director ¡Más angustiados!

Carmen *(En trágico.)* ¡Qué ganas tengo de pescar la menestra!

Criado *(Idem.)* ¡Es que nos hemos dado una tardecita!...

Director ¡Entra don Mendo! *(Entra don Mendo, sorprende a Carmen leyendo la carta, se la arrebata, la lee con indignación, mesándose los cabellos, e increpa a su hija.)* ¡Palabras, palabras!

Don Mendo Cuidiao que tiés poca vergüenza. ¡Miá que darle una cita al mamarracho del oficial!...

Carmen ¡Acaba pronto, no te entretengas en tonterías, que me estoy muriendo de hambre! *(Lo dice implorando de rodillas.)*

Don Mendo ¡Ah! ¡Por aquí viene el muy sinvergüenza!...

(Entra el OFICIAL de los Tercios y don Mendo le increpa airado.)

Director ¡Palabras!

Don Mendo ¡Patatín, patatán! ¡Que sí y que no y que ya verás tú!

Oficial ¡No te acerques tanto, que echas una peste a vinazo que no hay quien te aguante!

Don Mendo Oye, tú, que a mí no me llamas tú borracho. Eso se lo podías decir a tu mujer...

Oficial Con mi mujer no te tienes que meter, porque te rompo la cabeza.

Don Mendo ¡Maldita sea, eso lo vamos a ver!

Oficial *(Sacando la espada.)* ¡Por mi salud que te

pincho de veras, para que aprendas a tener la lengua más corta!

Director ¡No seáis bárbaros; no riñáis de veras, que hay que terminar la escena! ¡Desmáyate tú, muchacha!... ¡Déjate caer ya, que estamos desperdiciando cinta!

Don Mendo ¿Yo qué me voy a dejar caer sin darle un mamporro a este cochino?

Director ¡Que quitáis realidad a la escena!

Adonio Hombre, yo creo que precisamente va a resultar la película con una realidad...

Director ¡Usted qué sabe de eso!

Oficial ¡Maldita sea, como llegues a pinchar!...

Director ¡Al suelo, o te rompo un hueso!

Don Mendo *(Dejándose caer.)* Luego nos vamos a ver tú y yo.

Director ¡Un poco de agonía!

Oficial ¡Cuando te dé la gana!

Don Mendo *(Incorporándose con trabajo.)* En cuanto acabe de morirme te voy a romper los morros.

Director ¡Ahora entras tú, Max!... ¡Muy airoso, con mucho garbo, que eres un bandido español! *(Entra Max, contempla el cuadro y acude en socorro de Carmen, que se ha desmayado.)*

Max El padre, muerto. ¿Ha sido usted el que le ha matado?

Oficial Sí, señor, y en cuanto resucite le voy a dar una paliza como para él solo.

Max Esa mujer me gusta a mí.

Oficial ¡Cuidado que es estúpido el argumentito de la película!

Director ¡Menos comentarios y a morirte pronto, que eres un racionista!

Max *(Accionando.)* Este hombre me descompone.

Oficial A vosotros, los grandes artistas, todo os molesta.

Max *(Sacando la navaja.)* ¡Es que tomáis las cosas a broma, y no hay manera de ponerse en situación! *(Luchan, y el Oficial cae muerto.)*

Director ¡Vamos! Ahora te la llevas en brazos.

Max Esto se debía haber cortado, porque hay que ver lo que pesa. *(La coge con trabajo.)* Como para estas escenas no contrate la Cine-Drama otra actriz delgada, yo me despido.

Carmen ¡Descuide, hombre, para otra vez me pondré a régimen!

Director ¡No hables, que vas desmayada! ¡Despacio,

llévatela despacio, que faltan veinte segundos!

Max ¡Es que la voy a tirar!

Director ¡Emoción!

Carmen ¡Menuda emoción si me tira!

Director ¡Ya está!... Hemos terminado *(El Operador vase, llevándose la máquina. Los artistas quedan en el patio, formando grupos. El Oficial y Don Mendo riñen y los compañeros los separan.)*

Claudina ¿Ha terminado ya?

Adonio ¡Qué arte más raro es el cinematógráfico!

Max Es el Arte mudo. *(Mirando tenoriescamente a Claudina.)* ¿Usted no es aficionada al cine, señora?

Claudina ¡Muchísimo! ¿No es usted el príncipe de «La voluptuosidad del asesinato»?

Max En efecto. También soy el príncipe de la «Montaña envenenada» y del «Espasmo del universo». Es, por lo visto, mi destino hacer de príncipe.

Claudina ¡Qué angustia pasé viéndole rodeado por los leones y los tigres! *(Quedan hablando.)*

Operador Señor director; si a usted le parece, nosotros nos adelantaremos...

Director Sí. Pueden marcharse todos. Max Lindo irá en mi automóvil. *(Vase el Operador.)*

Claudina Pues en los bandidos de Calabria no creí que era usted el protagonista. ¡Qué interesante es la primera parte, cuando todas las mujeres de la aldea enloquecen por usted!... ¿Y cuando la condesa cae en sus brazos y la da aquel beso tan pasional?...

Max ¡Cinco metros!

Claudina ¿Qué dice usted?

Max Me refiero a la duración del beso. Está cronometrado en treinta segundos. Cinco metros de cinta. *(Insinuante.)* Pero yo conozco bocas en las que un beso sería una eternidad.

Claudina *(Con picardía.)* ¿Le gusta a usted dormirse en los besos? *(Hablan riendo.)*

Director *(Que hablaba con Adonio.)* ¿Pero es posible que las proyecciones cinematográficas no le interesen?

Adonio Me hacen el efecto de fotografías con convulsiones. Lo que sí me interesa, en cambio, es la facilidad que tienen ustedes para inventar aventuras y que esas aventuras ocu-

rran donde les dé la gana... Hasta en mi patio... Yo creo que de eso se podría sacar mucho partido. *(Reflexiona.)*

Director ¿De qué modo?

Adonio No sé... Algo que diese cierta variedad a la vida diaria... *(Convenciéndose a sí mismo a medida que habla.)* Eso es. Sí. Dar a la vida variedad y emoción. Esto podía ser algo así como una fábrica de lo imprevisto...

Director ¿Cómo?

Adonio *(Resuelto.)* Sí. Oiga usted. Usted podría muy bien, por ejemplo, idear una aventura... *(Baja la voz y siguen hablando.)*

Claudina *(Riendo por lo que acaba de decirle Max Lindo.)* ¡Amigo mío, va usted demasiado deprisa!

Max Es mi temperamento.

Claudina Tal vez sea influencia del cine, que ejerce una verdadera tiranía en todo el mundo...

Max Indudablemente. El cine nos enseña a hacer las cosas muy aprisa, a suprimir todo detalle superfluo...

Claudina Esto es: Las palabras...

Max ¿Y le parece a usted poco adelanto? Con la palabra se pide, se suplica. De no haber palabra se tomaría...

Claudina Tanta supresión no es de mi gusto. Yo necesito palabras, madrigales...

Max ¿Madrigales? ¿Y por qué no? Recordaremos, si usted quiere, la Corte de Versalles... *(Le habla bajito, casi al oído. Ella escucha con embeleso, sonríe y de cuando en cuando lanza esos gritos tan especiales con que las mujeres fingen escandalizarse al oír frases muy atrevidas.)*

Director *(Que ha oído con interés las explicaciones que le ha dado Adonio.)* Sí, sí. No deja de ser una idea bastante original.

Adonio ¿Verdad? Usted, en vez de escribir un asunto, de idear aventuras extraordinarias para una película, hace que esas aventuras ocurran realmente. Usted, con los artistas a sus órdenes, puede muy bien hacer girar a mi alrededor una gran novela. Crearme sorpresas, emociones, hoy, mañana, de noche, de día... *(Entusiasmándose cada vez más.)* Yo no sé como; pero me figuro todo lo que se podría hacer... De pronto me empezarían a

ocurrir cosas estupendas y reales al mismo tiempo. Me vería envuelto en acontecimientos sumamente singulares e interesantes, que usted mismo iría preparando misteriosamente, uno tras otro, en los que yo, sin suponerlo siquiera, haría el primer papel, siendo al mismo tiempo un espectador, presa de la emoción y del interés... ¿Me comprende usted?

Director Sí. Perfectamente. Lo que usted quiere es una cinematografía para usted solo y sin película.

Adonio ¡Exactamente!

Director Pero eso tiene un inconveniente bastante grave.

Adonio ¿Qué? ¿Le parece muy difícil idear una fábula y ponerla en acción?...

Director ¡No! Eso, no. Nada más sencillo.

Adonio ¿Entonces?...

Director Pues que esa cinematografía no iba a tener más público que usted, y, francamente, el éxito de esta clase de trabajos estriba en que el público sea numeroso.

Adonio Comprendido, comprendido. Es una cuestión de precio.

Director *(Tanteando el terreno.)* Todo se ha puesto por las nubes. Un simple figurante quiere ganar por lo menos veinticinco liras y no sirve ni siquiera para dar una puñalada con cierto arte. Por tirarse por una ventana o a un estanque, cosa corriente en todas las películas, hay que pagarles por lo menos cincuenta... ¡Cuando yo he tenido artistas que por cinco liras se tiraban de un expreso en marcha!... Y no me pida usted episodios de fieras. He despedido al especialista que teníamos. El muy sinvergüenza me pedía mil liras por dejarse tirar unos cuantos zarpazos y media docena de bocados por unos tigres... Y no hablemos de las mujeres. La que más y la que menos creen llevar dentro una Bertini. ¿Querrá usted creer que me han puesto una tarifa por metros de beso y por centímetros de carne al descubierto? ¡Una vergüenza, caballero!

Adonio Bien; por cuestión de precio no hemos de reñir. Lo principal es combinar algo de emoción e interés... *(Quedan hablando.)*

Claudina ¡Pero, hombre, qué rapidez!

Max ¿Rapidez? ¡Pero si a mí me parece una lentitud desesperante! ¡Ahí es nada pedirle una entrevista para esta noche, cuando estamos aún en la tarde!

Claudina ¡Qué atrocidad!...

Max ¿Quedamos en que esta noche? ..

Claudina ¡Imposible, caballero!...

Max ¿Mañana?

Claudina ¡Por Dios!... *(Hablan, ella riendo y él insinuante.)*

Adonio *(Dando la mano al Director.)* ¿De acuerdo en todo?

Director Por completo. Es usted un cliente tan original como extraordinario.

Adonio Confío en su talento y en su inventiva.

Director Le prometo prepararle los lances más estupendos. En la calle, en casa, en el Casino... en todas partes verá usted desarrollarse los acontecimientos más extraordinarios y al mismo tiempo perfectamente verosímiles, para darle a usted la ilusión más absoluta de la realidad. Se verá usted en el centro de una red de acontecimientos a cual más dramáticos, de los que será usted actor y espectador.

Adonio Perfectamente.

Director Quedamos también en que me deja usted en completa libertad para escoger los episodios que se me ocurran, aunque me vea obligado, para que la acción resulte más interesante, a prepararle alguna que otra escena violenta...

Adonio ¡Pero si eso es precisamente lo que yo quiero! Estoy dispuesto a todo. ¿Cuándo vamos a empezar?

Director ¡Ah, eso sí que no ha de saberlo usted!... Si no...

Adonio Tiene usted razón.

Director ¿Vamos, Max?

Max *(Aparte a Claudina.)* ¡Qué largo se me va a hacer el tiempo!... Caballero... Señora.

Director Hasta la vista. *(Se despiden el Director y Max Lindo y vanse.)*

Adonio Ya no se ve. *(Da vuelta a la llave de la luz.)*

Claudina Esta gente nos ha hecho perder la tarde del modo más lamentable... Ya no podemos ir al té musical de la Exposición futurista... *(Con el mayor descaro.)* ¿Te has fijado qué estúpido y qué presumido es el célebre Max Lin-

do?... Yo he tenido una verdadera desilusión.

Adonio — *(Pasea abstraído, excitado, haciendo gestos de satisfacción.)* ¿Qué?

Claudina — Que me marcho.

Adonio — *(Como antes.)* ¡Ah!

Claudina — *(Molesta por la indiferencia del Conde.)* ¡Qué galante eres, hijo!... ¡Cuidado, no te lastimes los brazos con los esfuerzos que estás haciendo para retenerme!

Adonio — *(Distraído.)* Pues quédate.

Claudina — ¡Para lo que te importa que me vaya o me quede!... *(Adonio no la contesta.)* ¡Vaya, adiós! *(Se dirige hacia la puerta.)*

Adonio — ¿Es que te vas?

Claudina — *(Le mira sorprendida.)* Pero ¿qué te pasa, hombre?

Adonio — ¿Por qué?

Claudina — *(Acercándose con curiosidad.)* Qué sé yo... No te entiendo...

Adonio — No es fácil que lo entiendas...

Claudina — Pero ¿qué te sucede?

Adonio — Pues... No sé cómo decírtelo. Que estoy esperando que me ocurra algo... Algo que me va a dar una gran alegría...

Claudina — *(Acentuando con perfidia.)* ¡Ay, qué casualidad!... Yo también.

José — El señor Conde está servido.

Adonio — ¿Ya es hora de comer? *(Mira el reloj.)* ¡Es verdad! ¡Cómo pasa el tiempo!

Claudina — *(Dándole la mano.)* Que te aproveche, hijo.

Adonio — *(Sin darse prisa.)* Pero ¿de veras te vas?... ¿Quieres el auto? *(La besa la mano.)*

Claudina — *(Dirigiéndose hacia la puerta vidriera.)* No. Prefiero ir andando. Necesito hacer ejercicio. Adiós.

Adonio — Adiós. *(Adonio vase por la izquierda. José, que ha permanecido en la puerta durante el final de la escena, apaga las luces del salón al salir el Conde y se va tras él. La escena queda a oscuras y sola durante unos momentos. Después de una pausa aparecen los LADRONES por la puerta vidriera del foro. Sus figuras se destacan sobre el fondo blanco del patio, iluminado por la luna. Avanzan con precaución, pero con naturalidad, sin ninguna de las afectaciones obligadas en los ladrones de teatro o de película.)*

Ladrón 1.º — *(Lleva traje como de mozo de cordel y trae*

al hombro un saco. Saca una linterna eléctrica y proyecta un rayo de luz contra la pared del foro.) La llave de la luz eléctrica debe estar aquí. *(Enciende.)* Entra y no tengas miedo.

Ladrón 2.° Pero ¿enciendes la luz?

Ladrón 1.° Claro, hombre. A oscuras se tropieza con los muebles, se mete ruido y es peor... No hay peligro. Sé muy bien las costumbres... Disponemos de más de media hora. Están en el comedor... Allí... La cocina está al otro lado y abajo... No tienen que pasar por aquí para nada... *(Deja en el suelo el saco, que lleva dentro las herramientas, que suenan.)* A trabajar.

Ladrón 2.° Espera. *(Es muy pulcro y se quita la americana, que dobla cuidadosamente y pone sobre una silla.)* ¿Por dónde hay que empezar?

Ladrón 1.° Por allí. *(Señala un mueble.)*

Ladrón 2.° *(Saca una palanqueta y el saco produce ruido.)* ¡Caray! He hecho ruido...

Ladrón 1.° *(Que enciende un cigarrillo que ha cogido de una caja de plata.)* No te preocupes por eso. *(Mientras habla examina la cajita, la sopesa y acaba por guardársela en un bolsillo. Examinando un bibelot.)* Sevres legítimo y antiguo. Pero en el saco se va a romper y sería lástima estropear una obra de arte.

Ladrón 2.° *(Que hace ruido al forzar el mueble.)* ¡Maldita sea!

Ladrón 1.° Te he dicho que no tengas cuidado. Y no vayas a blasfemar, ¿eh?

Ladrón 2.° ¿Estás seguro de que están cenando?

Ladrón 1.° Sí, hombre, y cuando se abre la boca se cierran los oídos. ¡Si no conoceré yo a la Humanidad! *(Por el cuadro futurista.)* ¡Virgen Santa!

Ladrón 2.° *(Asustado se levanta de un salto.)* ¿Qué?

Ladrón 1.° Nada, hombre. Ese cuadro ultraísta, que es para asustar hasta a un ladrón. *(Intenta forzar los cajones del secretaire y se sorprende al encontrarlos abiertos.)* Este mueble tiene el aspecto de ser el del dinero... ¡Si está abierto!... ¡Y aquí está el metálico!

Ladrón 2.° *(Levantándose.)* ¿Hay mucho?

Ladrón 1.° Mucho... Billetes, títulos. *(Guardándoselo.)* Ya lo veremos luego. Ahora no es cosa de perder el tiempo, y como tú confías en mi honradez...

Ladrón 2.º ¡En cambio este maldito cajón!... *(Forcejea.)*

Ladrón 1.º ¡Sin blasfemar!

Ladrón 2.º *(Al tirar del cajón éste se abre de pronto y el Ladrón cae al suelo, quedando sentado.)* ¡Ah! ¡Maldita sea!

Ladrón 1.º ¡Sin blasfemar, que es de mal gusto! *(Suena de pronto el timbre del teléfono.)*

Ladrón 1.º ¡Eh! ¡Esto no estaba previsto! *(Se arroja sobre el aparato y descuelga el receptor.)* *(Ambos se quedan de pie, replegados hacia el foro, esperando por si acude alguien.)*

Ladrón 2.º ¡Como vengan!...

Ladrón 1.º ¡Chist!... No viene nadie... La hora de comer es la hora suprema. Sigamos. *(Entra el Conde tranquilo y resuelto por la izquierda. Al ver a los desconocidos se alarma y lanza un grito de sorpresa.)*

Adonio ¡Ah!... ¿Qué hacen ustedes aquí? *(Los ladrones dudan un instante.)*

Ladrón 1.º *(Sacando una pistola.)* ¡Si da usted un grito, disparo!... ¡Tú, a la puerta!... ¡Arriba las manos! *(El Ladrón 2.º saca otra pistola y también apunta al Conde. Este retrocede asustado, pero de pronto, como si cayese en la cuenta, lanza un* ¡Ah!... *Se sonríe y su fisonomía se torna alegre y satisfecha.)*

Adonio ¡Pero qué tonto soy! ¡Es que ha comenzado la película! Muy bien. Casi me he asustado. ¡Palabra!... Sigan, sigan ustedes... *Los ladrones, asombradísimos, se miran mutuamente.)*

Ladrón 1.º *(Insistiendo con más energía.)* ¡He dicho que arriba las manos!

Adonio *(Riendo.)* ¡Nada, esto es la realidad misma! No cabe mayor perfección... Francamente. No les esperaba tan pronto. *(Indicando la pistola.)* Supongo que no estará cargada de verdad. Es peligroso. Una equivocación...

Ladrón 1.º *(Que le cachea, dice al 2.º)* No lleva armas de ningún género. *(Al Conde, enérgicamente, indicándole una butaca.)* Siéntese allí y cuidadito con moverse si tiene cariño a la pelleja. *(Al Ladrón 2.º)* Llama a esos y vamos.

Ladrón 2.º *(Después de lanzar un silbido.)* ¡Vamos!

Adonio ¡Cómo! ¿Pero se van ustedes ya? ¿No quieren una copita? ¿Un cigarro?

Ladrón 2.º Pero ¿ves qué tío éste? Mal...

Ladrón 1.º ¡Sin blasfemar, que es de mal gusto!... No

te fíes y sal dándole la cara. *(Fijándose en una sortija que lleva el Conde.)* Venga esa sortija y no le toco a usted ni al pelo de la ropa.

Adonio Lo que usted quiera. *(Le da la sortija.)* Le ruego que procure no perderla. Es un recuerdo.

Ladrón 2.º ¡Recoge y vamos!

(Entre los dos van echando objetos en el saco.)

Portero ¡Venir todos corriendo! ¡Gaspar! ¡Domingo! ¡Aníbal!

(Los Ladrones se miran despavoridos.)

Adonio *(Al portero.)* ¡Imbécil!... ¡Estúpido!

José *(Entra corriendo, y al ver a los ladrones lanza un grito.)* ¡Ah!... ¡Ladrones!

Adonio ¡Otro estúpido!... ¿Qué manera de entrar es ésta? *(Indicando a los ladrones.)* Estos señores son amigos míos.

(Los ladrones se miran perplejos, pero ya más tranquilos.)

Ladrón 1.º *(Al segundo.)* Chico, yo no lo entiendo.

Ladrón 2.º Lo que yo entiendo es que debemos salir corriendo.

Ladrón 1.º Eso desde luego.

Ladrón 2.º ¿Nos llevamos el saco?

Ladrón 1.º Por probar, nada se pierde. *(Carga con el saco.)*

Adonio *(A los criados.)* ¡Moveros! ¿No veis que no puede con el saco? Ayúdale tú.

(José, asombradísimo, va a echar una mano al ladrón, pero éste sale corriendo por el foro, seguido del otro.)

Ladrón 2.º ¡Atrás! *(Apunta con la pistola.)* ¡Quietos todos ahí!

Adonio ¡Que se deja usted esta figurita!

Ladrón 1.º ¡Si no es de plata! *(Salen corriendo.)*

Adonio *(Mirando la figura.)* ¡Cómo se ve que es un artista! *(A los criados.)* ¿Se puede saber qué hacéis ahí, atontados como palominos?

(El Portero y José se miran como alelados y se retiran. Al cabo de un instante se oye el ruido del motor de un automóvil al partir.)

Portero ¡Señor, señor!... ¡El automóvil!... ¡Se han llevado hasta el automóvil! Como estaba solo a la entrada...

Adonio *(Rompe a reir.)* ¡Qué gracia! ¡Es que no se les escapa ni un detalle!... Si no estuviese

cansado, saldríamos en su persecución y tendríamos la escena del río, el tren... Pero de todos modos, yo quisiera algo más emocionante, más nuevo... *(Se fija en que el cajón del dinero está abierto, mira y no ve los valores.)* ¡Se han llevado el dinero! *(Se repone en seguida.)* Nada, que no perdonan detalle... La verosimilitud que dan a las cosas es tan extraordinaria, que estoy muerto de curiosidad por ver cómo sigue esto y en qué para. *(Se arrellana cómodamente en una butaca.)* *(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete íntimo en casa de Claudina. Elegancia frívola, pero de buen gusto. En el foro derecha, esquinado, un gran armario de luna. En la pared de la derecha, un amplio portier oculta el arco que da entrada a la alcoba. En la izquierda, primer término, la puerta que comunica con el recibimiento. Al foro izquierda, una ventana. Muebles dispuestos con arte y detalles de exquisitez. Sobre un velador, aparato del teléfono. En la derecha, cerca del proscenio, un diván. A la izquierda, cerca de la puerta, un piano.

Es de día.

Aparecen en escena CLAUDINA y la DONCELLA.

La Doncella, muy peripuesta, está arreglando el gabinete. Claudina, ataviada elegantísimamente con traje de casa, un traje de casa cocotesco, delante del espejo, más que componerse se está mirando a sí misma con embeleso.

Doncella ¿Está bien todo, señorita?

Claudina *(Después de una ojeada de inspección.)* Pon la «chaise-longue» un poco más hacia acá... Así... No tanto. Trae más cojines de la sala y ponlos en el suelo y encima.

Doncella ¿Más de los que hay?

Claudina Más.

(La Doncella trae otros cojines y los reparte en la forma indicada.)

Doncella ¿Y ahora?

Claudina *(Mirándose de nuevo al espejo.)* Sí. Está bien. *(Volviéndose de pronto.)* ¿Han llamado a la puerta?

Doncella Me parece que no. Por lo menos no lo he oído.

Claudina Ve corriendo a ver, porque si esperamos a que tú oigas...

(La Doncella sale, y Claudina, abriendo apresuradamente un libro, se tiende en la chaise-longue *en postura afectada.)*

Doncella *(Volviendo.)* No había nadie.

Claudina ¿Te acuerdas de todo lo que te he recomendado?

Doncella Sí, señorita.

Claudina Sobre todo, ayúdale a quitarse el abrigo. Le tomas el sombrero en cuanto se descubra...

Doncella Sí, sí...

Claudina Quema más perfume. Ya parece que se ha disipado el olor...

Doncella Diga usted, señorita. ¿Es tan principal el caballero que esperamos?

Claudina Puede decirse que es un príncipe... Pero no es cosa de que lo vayas contando. Ya sabes que el señor Conde es muy celoso.

(Suena el timbre de la puerta.)

Doncella Esta vez sí que han llamado. *(Vase.)*

Claudina *(Se dispone a sentarse en la* chaise-longue, *pero cambia de idea.)* No. Lo mejor es que me retire, y luego, tras un momento de espera para que vea la habitación, aparezca envolviéndome en el portier, como aparece la Bertini en «El beso envenenado». Apoyándome en el quicio de la puerta y girando... Sí. Es una entrada romántica e interesante para un artista exquisito como él... *(Mutis por la alcoba.)*

(Entran MAX LINDO y la DONCELLA. Max Lindo lleva un larguísimo abrigo o gabardina, que le cubre casi hasta los pies, muy deteriorado y con el cuello subido. En la mano trae un ramo de flores, preparadas en un ramillete de papel calado de color verde y atado con una cinta roja. La Doncella quiere quitarle el abrigo, pero él se opone resueltamente. Max Lindo ya no es el actor cinematográfico del primer acto. Ya no lleva puesto en la cabeza el pañuelo de color anudado a la nuca, y se ve que es calvo, calvo vergonzante, de los que se sacan la raya muy a un lado, muy a un lado, casi del sobaco, para cubrir la parte superior del cráneo con un enrejado de pelos lacios. Ya no luce patillas de boca de hacha, sino que afeitado completamente y sin

maquillaje, aparece viejo, maduro mejor dicho, arrugado y de rasgos vulgares.)

Max — *(Ante los insistentes requerimientos de la Doncella para quitarle el abrigo.)* No. Muchas gracias. No me quito el abrigo.

Doncella — Es que yo tengo orden de quitársele.

Max — Déjalo. Déjalo. Anuncia a la señorita mi visita.

Doncella — ¿Su nombre?

Max — Pepino Rapalleta.

(La doncella cruza hacia la alcoba y luego vuelve a pasar haciendo mutis por la izquierda. Claudina aparece envolviéndose en el portier, con la mano derecha en alto, apoyada en el quicio de la puerta. Gira así por completo sonriendo, pero al fijarse en Max, que está de perfil, abre los ojos desmesuradamente al ver el tipo y la postura del galán, de un cursi y de una vulgaridad subidísimos, sin reconocer al príncipe de sus ensueños, y se deshace del portier y descompone la figura del modo más violento y cómico.)

Claudina — Pero ¿se puede saber quién es usted?

Max — *(Sonriendo.)* Ya le he mandado a decir mi nombre.

Claudina — No debo haberle oído bien...

Max — José... en la intimidad, Pepino... Pepino Rapalleta... Rapalleta, lo mismo que el divino D'Annunzzio... Ahora permítame usted, señora, que ponga a sus plantas *(Se las da en la mano.)* estas flores, que tienen con usted un parecido tan grande...

Claudina — *(Glacialmente coge las flores, y sin mirarlas siquiera, las deja sobre el mueble que tiene más próximo.)* Gracias. *(Se muestra muy enojada. No sabe qué decir. Mira a Max de arriba abajo, hace gestos de disgusto y parece que busca impaciente un pretexto para deshacerse de semejante tipo.)* Iba a salir cuando me anunciaron su visita...

Max — Pero ¿es que usted no se acordaba ya de la dulce promesa que me hizo?

Claudina — ¿Yo le he hecho a usted alguna promesa?

Max — Sí. Ayer me dijo usted: «Mañana, por la mañana, a eso de las doce, me hallaré sola en mi casa...» Y aquí me tiene usted, ángel mío...

Claudina — Sí... Le dije a usted que a esta hora me hallaría sola, pero eso no quiere decir que...

(Cambiando de tono, con resolución.) Bien. Es cierto. No tengo por qué negarlo. Ayer tarde, al conversar con el célebre artista Max Lindo, mi lenguaje podía permitir suponer... No sé cómo decirlo... ¡Ayer tarde era usted otro hombre muy distinto, ¡ea!

Max *(Sonriendo.)* Ayer tarde era un bandido español.

Claudina ¡Eso es! Ayer era usted un bandido...

Max ¿Y hoy?

Claudina Acabo de decírselo... Es usted otro distinto. No lo tome usted a mal... No quiero decir que me parezca usted más viejo, ni más feo, ni más cursi, ni más vulgar... Es usted un señor a quien no he visto nunca... La culpa la tengo yo.

Max No. Usted no tiene culpa de ningún género. Por otra parte, lo que sucede lo esperaba. Usted se interesaba por el bandido español. Yo, en cambio, soy la realidad, y usted lo que deseaba era la fantasía. Es muy lógico. Todos queremos disfrazar la realidad con el traje de la fantasía.

Claudina Según veo, es usted un filósofo...

Max No. Simplemente un observador algo aficionado a la Psicología... ¿Usted cree que Francesca Bertini, D'Annunzzio, yo y tantos otros hubiéramos buscado pseudónimos si no supiéramos la desilusión que produce un nombre vulgar?... Y sin embargo, nosotros, que vivimos explotando la fantasía ajena, soñamos en cautivar sin ella... Por eso yo me he presentado con mi verdadero nombre... Pero después del fracaso de la realidad volvamos a la fantasía... *(Se vuelve y rapidísimamente se despoja del gabán, quedando vestido de bandido de cromo, como aparecía en el primer acto, y se cala el pañuelo que oculta la calva y que lleva sujetas las patillas.)* Aquí tiene usted al terror de la sierra rendido a sus plantas. *(Se echa a sus pies.)*

Claudina *(Asombrada y complacida.)* ¡Ah! Ahora le reconozco a usted.

Max ¿Ve usted?

Claudina Efectivamente. Como en la vida, nos reconocemos cuando estamos disfrazados.

Max ¡Ah! ¿Va usted a ser ahora la que filosofee?

Claudina ¡Dios me libre!... Eso está muy bien para

cuando termina el amor, no para cuando comienza.

Max Ahora nos basta con la ilusión.

Claudina Eso es. Amor e ilusión, que viene a ser una misma cosa. Tengo a mis pies al fiero bandido...

Max Como en la película: un hidalgo español convertido en bandido. Fiero, bravo y noble al mismo tiempo. Dispuesto a matar a un hombre y a dar su vida por no comprometer a una dama.

Claudina De modo que si alguien se atreviera a disputarle a usted mi amor...

Max Le dejaría seco de un trabucazo.

Claudina ¿Ha traído usted también el trabuco?

Max No. Ni siquiera la navaja con que mato al padre de Carmen; pero de presentarse la necesidad de un acto heroico, de un sacrificio. no vacilaría ni un momento. Con tal de no comprometerla a usted, ilusión de mis ojos, me tiraría por esa ventana.

Claudina ¡Por Dios!

Max O bien me tragaría una diminuta píldorita que oculta esta sortija de familia. Un veneno fulminante.

Claudina ¡Jesús!

Max Pero a todo eso preferiría luchar cara a cara con un rival que se atreviera a disputarme su amor. *(Se oye el timbre da la puerta. Max se levanta sobresaltado.)* ¿Quién puede ser?

Claudina No sé. No te preocupes, amor mío.

Doncella Señorita, señorita. ¿Puedo pasar?

Claudina Pasa, mujer.

Doncella *(Muy sobresaltada.)* ¡Señorita! ¡El!

Max *(De un salto, dispuesto a recoger el abrigo.)* ¿El?

Claudina Pero ¿le has abierto?

Doncella ¡No, señorita! Ya sé yo lo que hay que hacer, que he servido en muy buenas casas. He mirado por el ventanillo sin hacer ruido. *(Vuelve a sonar el timbre.*

Claudina ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hago yo ahora? ¡A estas horas jamás se le ha ocurrido venir! *(Increpando a Max.)* ¡Y todo por usted! ¡Por usted me veo yo en este trance!... ¿Y se queda usted así, tan tranquilo?

Max No. Tranquilo, no.

Claudina ¿Qué va a hacer?... ¡Ah, sí! Lo que acaba de

decirme. La ventana. Tírese por ella y así no me compromete. *(La abre de par en par.)* No hay otro sitio por donde huir. ¡Vamos, pronto!

Max *(Se acerca con cautela a la ventana, mira hacia el exterior y retrocede rápidamente, aterrado.)* ¡Un cuarto piso!...

Doncella Tercero, y eso contando el entresuelo.

Max No estoy habituado a tales saltos.

Claudina *(Angustiada.)* Entonces... la sortija. Tráguese usted el veneno...

Max Tampoco. ¿Cómo se iba usted a deshacer de mi cadáver? No quiero comprometerla... *(Mira alrededor, buscando dónde esconderse.)* Me ocultaré ahí... en la alcoba. Debajo de la cama...

Claudina ¿Está usted loco? Ese es precisamente el sitio que primero se registra en caso de sospecha.

(Suena de nuevo el timbre casi continuamente y al mismo tiempo se oye golpear la puerta violentamente. Claudina y la Doncella acaban por perder la cabeza por completo y empujan a Max de un lado a otro de la habitación, con arreglo a las exigencias del diálogo. Max, completamente aterrado, se deja manejar como un pelele.)

Doncella ¡Detrás del piano!

Claudina ¡No cabe!

Max Pero ¿ustedes creen que peligro seriamente?

Doncella ¿Y en la carbonera?

Claudina Se podía colgar de la ventana, por la parte de fuera, sujetándose con las manos...

Max ¡Señora!...

Claudina ¡Ah!... En el armario...

Max ¡Eso es de vodevil!

Doncella ¡Sí, sí! En el armario cabe.

Claudina ¡Pronto, que es capaz de echar abajo la puerta!

Doncella ¡Adentro! *(Abren el armario, que se verá lleno de ropa, y empujan dentro a Max.)*

Claudina *(Recogiendo el abrigo de Max.)* ¡Fuera también esto! *(Abre el armario y lo tira dentro.)*

Doncella ¡Ay, el sombrero, que está en el recibimiento! *(Vase corriendo y vuelve con el sombrero.)*

Max ¡Por Dios, que me voy a asfixiar! *(Cierran la puerta y se oye dentro un derrumbamiento.)*

Claudina ¿Qué hace usted?

Max ¡Que se me cae encima de la cabeza una tabla!

Claudina *(Cerrando.)* ¡Sosténgala sin moverse!... ¡Anda!... Abre corriendo. *(Después de echar una ojeada se sienta en actitud expectante.)*

Adonio *(Entra enojadísimo. Trae en la mano un ramo de flores absoluta, completamente igual al que sacó Max.)* ¡Gracias a Dios! ¡Creí que no se me abría la puerta!

Claudina ¡Ah! ¿Pero habías llamado?

Adonio ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no me han abierto en seguida?

(Se va la doncella, muy atemorizada, pero se queda escuchando detrás de la puerta.)

Claudina Hijo, parece que te has vuelto loco. ¿Por qué gritas así y te pones en esa actitud?

Adonio ¿No te parece razón bastante que nadie acuda abrirme?

Claudina ¿Cómo íbamos a figurarnos que eras tú a estas horas?

Adonio ¡Fuera quien fuera!

Claudina ¿Fuera quien fuera? ¡Eso es! Como si pudiera entrar aquí el que le diese la gana... Al primero que llame, ¡pum!, la puerta abierta...

Adonio Es que tu doncella podía muy bien...

Claudina ¡Claro! Pasarse el día pegada a la mirilla!... Si es que lo crees necesario, tómame otra... un botones... En medio de todo, con una sola criada...

Adonio Bien. Ya veremos...

Claudina *(Lánguida.)* No estoy del todo bien... Y ahora te presentas tú como un apache... ¡Ay, qué disgustos la dan a una los hombres!...

Adonio Perdóname. Estaba algo nervioso. Necesitaba verte...

Claudina ¿Y eso? ¿Qué pasa?

Adonio Nada. Nada de particular; pero como ayer tarde nos separamos así... con cierta frialdad... Luego me sentía demasiado solo hoy...

Claudina ¡Como yo! ¡Lo mismo que yo!

Adonio Desde anoche estoy intranquilo. Agitado. Parece que siento cernirse algo sobre mi cabeza...

Claudina *(Sorprendida.)* ¿Qué te sientes?... Pero ¿es que te ha ocurrido algo... que tú sepas?

Adonio *(Apurado.)* No... Nada grave... Al contrario.

He tenido una sorpresa... que me esperaba y que no me esperaba... Tan bien preparada, que a veces me parece que no estaba preparada...

Claudina *(Que hace grandes esfuerzos por enterarse.)* ¡Pero, hijo, no te entiendo!

Adonio Ya. Ya te lo explicaré en momento oportuno. En cuanto me levanté vine hacia aquí. He venido andando, pues el automóvil se le llevaron... se le llevaron al garaje... *(Se acuerda de las flores.)* ¡Ah, qué cabeza la mía! Al pasar por la tienda de flores he visto unos ramos muy originales y te he traído uno. *(Coge el ramo y se le ofrece.)*

Claudina Te agradezco el recuerdo. *(Deja el ramo al lado del de Max.)*

Adonio *(Mira maquinalmente, y de pronto nota que hay sobre la mesa dos ramos idénticos. Los mira pasmado, como si se tratase de un milagro.)* Pero, ¿es que ahora veo los objetos duplicados? *(Se frota los ojos.)* ¡Esto es algo de brujería! ¡Veo dos ramilletes!

Claudina *(Interponiéndose para que no los vea.)* Cuéntame. ¿Qué es lo que te ha pasado?

Adonio Déjame que vea... *(La aparta y coge los ramos, una con cada mano.)* ¡No cabe duda de que son dos! *(Los mira alternativamente.)* ¡Dos! *(Sin soltar los ramilletes interroga a Claudina con la mirada.)*

Claudina Bueno, ¿y qué tiene de particular?

Adonio *(Receloso.)* Pero es que hay dos ramilletes, y yo no he traído más que uno.

Claudina Claro.

Adonio Entonces, ¿quién te ha traído este otro? *(Presenta uno de los ramos.)* No; este otro... No. Este... El que sea... Di.

Claudina Ese tú...

Adonio ¡Pero si hay uno de más!...

Claudina ¿Cómo?

Adonio Contesta. ¿Quién te ha traído este ramillete... o éste? En fin, uno de los dos. Supongo que no habrá venido solo... Además, la tardanza en abrir la puerta...

Claudina *(Muy ofendida. Agresiva.)* ¿Eh? ¿Qué es lo que te da ahora? ¿Con qué derecho me ofendes con una sospecha? ¿Es que acaso crees que tengo aquí oculto algún hombre?... ¡Sólo me faltaba eso!... Mira, registra la casa. Mi-

ra bien debajo de la cama. En la carbonera. Detrás del piano... Anda, hombre... registra. Porque no supondrás que se ha tirado por la ventana. Pasa, pasa. *(Descorre las cortinas de la alcoba.)* ¿Qué esperas?

(La Doncella entreabre la puerta de la izquierda, mira y se retira.)

Adonio *(Inmóvil contempla alternativamente los ramos con cara de tonto. De repente recobra sus energías.)* Ven aquí. No intentes esquivar la cuestión con evasivas. *(Imperiosamente.)* ¡Contéstame!

Claudina ¿A qué te voy a contestar?

Adonio *(Silabeando.)* ¿Quién ha traído el otro ramillete?

Claudina *(Imitándole.)* Le he comprado yo misma. ¿Es que una mujer no puede tener flores sin que se las regalen?

Adonio ¿Y cómo no las has puesto en agua, en un florero?

Claudina Porque no tenía gana. ¿No te he dicho que me sentía mal?

Adonio *(No ocurriéndosele nada qué objetar deja los ramilletes sobre la mesa y se sienta cogiéndose la cabeza entre las manos.)* ¡No entiendo nada!

Claudina *(Sentándose a su lado en la* chaise-longue.*)* No quiero ofenderme con tus celos. Cuéntame todo lo que te ha pasado desde ayer tarde...

(En este momento se siente un gran estrépito dentro del armario.)

Adonio *(Poniéndose en pie de un brinco.)* ¿Qué ha sido eso? *(Mira con fijeza al armario.)*

Claudina *(Intenta sentarle de nuevo.)* Nada. No hagas caso. Será la chica, que está limpiando en la habitación de al lado...

(Max estornuda estrepitosamente.)

(Andonio, desprendiéndose de los brazos de Claudina, va hacia el armario y abre de golpe la puerta. Cae un verdadero montón de ropa y aparece Max, sobre cuya cabeza se ha derrumbado la tabla de la ropa blanca. Por los hombros le cuelgan las perneras de unos pantalones de señora.)

Adonio *(Hace ademán de lanzarse sobre Max con los puños cerrados, pero se reprime y dice.)* ¡Salga usted de ahí! ¡Salga usted en el acto!

(Max estornuda de nuevo. La criada se atreve a asomar medio cuerpo.)

Claudina ¡Ah! *(Hace como que se desmaya, pero con los ojos muy abiertos espía a Adonio.)*

(La doncella adelanta y es vista por Adonio.)

Adonio ¡Tú estabas en el secreto!

Doncella ¡Ah! *(Se deja caer en una butaca, fingiendo también un desmayo.)*

Adonio ¡Caballero! *(Coge violentamente a Max por un brazo y le hace dar media vuelta para mirarle cara a cara. Entonces le reconoce. Le suelta. Retrocede. En su cara se pinta la sorpresa y poco a poco se torna alegre y dice con la mayor cordialidad.)* ¡Ah!... ¡Tiene gracia!... Cuidado que es asombroso... ¡Qué lejos estaba yo de figurarme!... Nada. Que ni lo sospechaba por lo más remoto... Ni aun estando prevenido para toda sorpresa, como estoy, ésta la han preparado ustedes de un modo... *(Dándole la mano.)* Le felicito sinceramente.

Max *(Sonriendo como un idiota.)* ¡Achisss!

Adonio Pero ¿quiere usted dejar el estornudo?

Max Es el alcanfor... los perfumes... ¡Achisss!

Adonio ¡Tiene la sal por arrobas, pero por arrobas! *(Se sienta, riéndose. Claudina y la Doncella vuelven del desmayo, se incorporan y se miran muy asombradas. La Doncella se levanta y vuelve a colocarse detrás de la puerta.)*

Adonio Pero ¿por qué se ha puesto usted ese traje tan ridículo?... ¡Ah, ya comprendo! ¡Para que yo le conociese en seguida!... Pero cuidado que han tenido ustedes arte para graduar los efectos y preparar la escena final con el clásico armario... Ahora me lo explico todo, como dicen en las comedias. La tardanza en abrirme la puerta, el ramo de flores... *(A Claudina.)* Pero ¿y cómo te han complicado a ti repartiéndote un papel tan importante?

Claudina Adonio... Yo te juro...

Adonio *(Que ve a la Doncella atisbando detrás de la puerta.)* ¿Y tú también?

Doncella Yo, no, señorito. Yo, no. *(Se va para no volver.)*

Adonio *(A Max, de pronto.)* Pero lo que no me explico es cómo sabían ustedes que a mí iba a ocurrírseme venir...

Max *(Con un gesto vago.)* ¡Ah!

Adonio Ah, ya comprendo. Me siguen ustedes la pista, y en cuanto salgo de casa, por el primer teléfono que encuentran...

Max *(Que sigue atentamente todos los movimientos del Conde, muerto de miedo, y ha dado dos o tres saltos al verle echar mano al bolsillo para sacar la pitillera o el pañuelo, se va acercando con disimulo a la puerta, de la que no quita ojo.)* ¡Sí!... ¡Achisss!

Adonio Pero ¿cuándo se han puesto ustedes de acuerdo? ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Ayer tarde, que los vi cuchichear!

Claudina *(Cada vez más asombrada.)* Te diré...

Adonio Bueno, bueno. No me digan ustedes nada. En medio de todo lo encuentro muy justo. Si me ponen ustedes en el secreto... *(A Max.)* No puede usted imaginarse qué alegría tan grande he experimentado al verle salir del armario. Porque el episodio de anoche, lo confieso, había dejado en el fondo de mi ánimo una duda. Mejor dicho. La sombra de una duda. Pero ahora, en cambio, sale usted a escena y ya estoy contento, tranquilo... Porque aquí, amigo mío, sí que no consiguen ustedes despertar la zozobra. *(A Max.)* No, señor, no. No me mire usted de ese modo. Ni tú tampoco. Vamos, hablen ustedes...

Claudina Adonio... Yo te juro que ni un momento he dejado de quererte, que soy inocente...

Max Yo también, caballero. La fatalidad...

Adonio ¡Ah! ¿Es que quieren ustedes que siga? ¡Pues seguiremos! ¡Es muy divertido! Ahora entro yo en escena, tiro de revólver. *(Lo saca.)* Y...

Claudina ¡Ah! *(Cae de rodillas.)*

Max ¡Caballero, caballero, que yo soy inocente! ¡Fué ella la que me citó!

Adonio *(Riéndose.)* ¡Pero qué bien! En seguida han vuelto ustedes a ponerse en situación. Pero bueno, la cosa no me divierte. *(Deja el revólver sobre la mesa.)* Yo lo que quiero son sorpresas, interés... De casa a aquí lo menos me he parado veinte veces esperando que me sucediese algo inesperado...

(Suena el timbre del teléfono. Claudina coge el aparato.)

Claudina Sí. Yo soy... Aquí está... En seguida. *(Alto.)*

Adonio. Es tu ayuda de cámara, que te ruega que te pongas al aparato.

Adonio ¡Lo esperaba! *(Se pone al aparato.)* ¿Eres tú?... Sí... ¿Qué estás diciendo? ¿Que está ahí la Policía? *(A Claudina y Max.)* ¿No les decía a ustedes? *(Al teléfono.)* ¿Que los espere aquí?... ¡Pero quién sabe lo que van a tardar en venir!... *(Sorprendido y satisfecho.)* ¡Ah! ¿Que vienen en mi automóvil? ¡Muy bien! *(Mientras Adonio está hablando, Claudina y Max, perplejos y pasmados, entablan el siguiente diálogo mímico.)*

Claudina ¿Qué es esto?

Max ¡Vaya usted a saber! Yo creo que se ha vuelto loco. Yo, por lo pronto, me marcho.

Claudina Pero ¿y si me mata? Tiene ahí el revólver.

Max Le quitaré las balas y ya no hay cuidado. Aunque no creo... *(Quita las cápsulas al revólver y le deja donde estaba. Después recoge su gabán y su sombrero y sale sin ser visto de Adonio.)*

Adonio *(Colgando el auricular del teléfono.)* Pero qué bien combinado está todo. Qué rapidez y qué exactitud más admirables. Resulta más verdadero que la propia verdad. *(Busca a Max.)* ¡Anda! ¿Y el bello bandido? ¿Se ha marchado?... Por lo visto es un hombre fantasma. *(Le busca en el armario.)* Pero ¿por dónde ha salido?

Claudina No sé.

Adonio Seguramente volverá. No debe haber terminado su papel.

Claudina Te juro que sí ha terminado. *(Con timidez.)* Todo ha terminado. Ha sido una ligereza...

Adonio Pues entonces, un poquito de paciencia... ¡Chist! Un automóvil. *(Asomándose a la ventana.)* ¡Es el mío! Se apea un señor... *(Se retira de la ventana.)* Nada, que en este mundo no hay nada mejor que lo imprevisto. *(Se vuelve hacia la puerta y señala con el dedo.)* Quiero ver si soy capaz de prever algo de lo que va a pasar. Ahora llamarán al timbre. La doncella entrará muy alarmada... *(Permanece con el brazo extendido. El timbre no suena para nada y en el umbral de la puerta aparece muy tranquilo y muy fino el Comisario de Policía.)* ¡Vaya! No acierto ni por casualidad. ¡Esto es encantador!

Comisario *(Tiene el perfecto tipo de funcionario de la Policía. Usa poblada cabellera negra y representa unos cincuenta y cinco años.)* Pido a usted mil perdones. He encontrado abierta la puerta y...

Adonio *(A Claudina.)* Se la ha dejado abierta el otro. Todo estaba concertado entre ellos.

Comisario ¿Tengo el gusto de hablar con el señor Conde Adonio de Bergliata?

Adonio En efecto, caballero...

Comisario Me permito molestar a usted para una formalidad indispensable...

Adonio *(Que creyendo siempre que está en plena película, gozoso, divirtiéndose mucho, sonríe, casi ríe, adelantándose a las palabras del Comisario, que es serio como un ajo y le mira severamente.)* ¿A consecuencia del robo de anoche?

Comisario Justo.

Adonio *(Cada vez más satisfecho, gozosísimo.)* Pero mira a ese hombre, Claudina. ¡Qué maravilla! Yo quisiera saber cómo se arreglan para caracterizarse de una manera tan magistral.

Claudina (¿Pero estaré yo loca o esto será una pesadilla?)

Comisario *(Un poco molesto, alzando la voz.)* El robo se ha llevado a cabo en unas circunstancias que exigen urgentemente que se compruebe la exactitud de determinados hechos... Por lo mismo no he dudado en venir a buscar a usted aquí.

Adonio ¡Ha hecho usted perfectamente!... ¡¡Como que ya le estábamos esperando! *(Indicándole una silla.)* Siéntese.

(Claudina, muy turbada, se refugia en la chaise-longue, *fingiendo que lee, pero escucha muy atenta, expresando con la cara y con la actitud las diversas impresiones.)*

Comisario ¿Que me estaba usted esperando? ¿Y cómo se explica esto?

Adonio Porque es regla invariable que después de los ladrones se presente la Policía. Lo que no esperaba, en cambio, es que viniese usted en mi automóvil.

Comisario Claro, es para que le sorprenda. Pero le va a sorprender aún más otra cosa.

Adonio ¿Sí?

Comisario Su automóvil está en manos de la Policía

porque esta mañana hemos prendido a los ladrones y hemos recuperado lo que le robaron a usted.

Adonio (*Riendo.*) ¡Caramba, caramba!

Comisario ¡Ah! ¿Pero es que no le parece extraordinario?

Adonio Hombre, sí. Verdaderamente es extraordinario que la Policía sorprenda a los ladrones, y más aún que recupere lo robado. ¡Ah, si en la realidad fuese así!...

Comisario Y así es, caballero. No ha perdido usted ni un solo céntimo.

Adonio En medio de todo le agradezco en el alma la atención. El hecho de llevárselo todo ya he comprendido que tenía por objeto proporcionarme una emoción. Pero no por eso dejo de alegrarme de que me lo devuelvan. Muy bien. Muy bien. Ahora que me va usted a permitir una crítica. El desenlace no está a la altura de la preparación.

Comisario ¿Qué dice usted?

Adonio Claro. Una Policía que logra descubrir un robo que todo el mundo debía ignorar y que además da con los ladrones a las pocas horas, es una Policía demasiado fantástica. Una Policía demasiado de película...

Comisario Dispense usted, señor Conde; pero me parece que usted y yo no nos entendemos. Nadie estaba enterado del robo, y, por lo tanto, nadie se había encargado de detener a los ladrones, los cuales se habían escapado en su auto...

Adonio Pero ¿no acaba usted de decirme que los ha detenido?

Comisario Rigurosamente; se han detenido ellos mismos.

Adonio ¡Ah! Eso ya es nuevo.

Comisario Se han detenido ellos mismos por falta de gasolina. (*El Conde ríe a carcajadas.*) Una pareja de gendarmes los encontró esta mañana al amanecer en la carretera. Extrañada de sus tipos, registró el coche, encontrando todo lo robado...

Adonio Ya es más lógico todo esto. Verdaderamente tiene usted una habilidad extraordinaria para ajustar los hechos a la verosimilitud... Bien. Entonces daremos por terminado el asunto del robo, si es que no surge alguna complicación interesante...

Comisario ¿Que si han surgido complicaciones? ¡No puede usted imaginarse cuántas, señor Conde!...

Adonio *(Satisfechísimo.)* ¿Es de veras?

Comisario Los ladrones han hecho unas declaraciones extraordinarias, sensacionales. Puede decirse que nos hallamos en plena novela.

Adonio *(Frotándose las manos.)* ¡Pues a devorar el folletín!

Comisario *(Mirándole de arriba abajo.)* Los ladrones confiesan que anoche penetraron en su palacio valiéndose de una llave falsa, que obra en nuestro poder. Hasta aquí nada hay de particular.

Adonio Nada.

Comisario Pero después los malhechores han declarado que usted los ha reconocido como amigos suyos, acogiéndoles con la mayor cordialidad, y no solamente niegan que le hayan robado nada, sino...

Adonio Un momento, que me parece que se le escapan detalles. ¿Y lo robado?

Comisario Está en nuestro poder.

Adonio ¡Ah! Siga usted.

Comisario Decía que afirman que no han robado nada, pues usted se lo dejó llevar y hasta los invitó a que cogieran ciertos objetos. Esto es lo inexplicable, y para ello reclamo su concurso, señor Conde.

Adonio En efecto, en efecto. La cosa se complica. No se esperaba que yo no hiciese resistencia... Comprendo que me he salido de mi papel y usted viene a enmendar el error, a recriminarme por haberme dado por enterado. Descuide, señor Comisario. De aquí en adelante seré un personaje más de la película.

Comisario No le entiendo a usted, señor mío. Pero sepa que el relato de los ladrones ha sido confirmado por los criados de usted.

Adonio Bien. Sigamos... Tengo mucha curiosidad por saber en qué para esto. Se trata de una de esas situaciones de novela ante las que no podemos por menos de exclamar: ¡Veamos cómo sale del paso el autor, porque, la verdad, no adivino adónde vamos a ir a parar!

Comisario Eso digo yo... Aunque temo que vayamos a parar en algún sitio desagradable... No se trata de un robo corriente, vulgar...

Adonio Desde luego. Ha sido puesto en escena de un modo admirable.

Comisario *(Con intención.)* Usted lo ha dicho. Ha sido puesto en escena de un modo admirable... Pero vayamos por partes. Usted confirma plenamente las declaraciones de los criados, ¿no es eso?

Adonio Hombre, ¿qué le voy a decir yo? Usted verá. ¿Es que va a continuar la farsa?

Comisario Espero que no. ¡No faltaba más!

Adonio Pues mejor que mejor. Venga la sorpresa.

Comisario Es que puede ser una sorpresa desagradable para alguien que cuando menos se lo espere puede dar con sus huesos en la cárcel.

Adonio ¡Caramba! ¡Eso sí que resultaría divertido de veras!

Comisario Permítame usted que lo dude. *(Se levanta.)*

Adonio *(Levantándose también.)* Muy justo. También la duda es un elemento de lo imprevisto.

Comisario Por el momento no tengo más que decirle. Voy a consultar con el señor juez. Beso a usted la mano. A los pies de usted, señora. *(Vase.)*

Claudina *(Levantándose de golpe.)* Pero ¿qué historia es ésta?

Adonio Una historia divertidísima, sobre todo por la seriedad, la formalidad tan pasmosa con que cada cual representa su papel.

Claudina ¿El qué?

Adonio Por ahora no puedo explicarte más... Anda. *(Corre hacia la ventana.)* ¡Y se vuelve a llevar el automóvil!

Doncella *(Entrando asustada, asombradísima por las cosas estupendas que está viendo.)* Señorita...

Claudina ¿Qué pasa ahora?

Doncella Un señor preguntando por el señor Conde.

Claudina Pero ¿es que has dado cita a todo el mundo en mi casa?

Adonio Deja, deja que entre quien sea. Tengo mucha curiosidad por saber...

Claudina Mira; di que no está el señor Conde, y que nos dejen en paz.

Administ. *(Da un leve empujón a la Doncella y entra muy fatigado.)* Ustedes perdonen, pero no son éstos momentos para andar con cumplidos.

Adonio ¡Mi respetable administrador! Cómo íbamos a suponer que era usted... *(A Claudina.)* Aquí tenemos al representante de la normalidad.

Administ. Sí, sí. *(Con un suspiro de amargura.)* ¡Para normalidades estamos ahora! ¿No era lo imprevisto, lo emocionante, lo que usted quería? ¡Pues ya puede estar satisfecho! *(Se deja caer en la* chaise-longue, *enjugándose el sudor.)* ¡Hay para perder la cabeza!... En toda la capital no se habla más que de usted...

Adonio ¡Ah! ¿De modo que las gentes comentan?...

Administ. Su escandalosa aventura. Es natural.

Claudina ¡Ah! ¿Pero todo esto es que has tenido una aventura? ¡Me alegro de saberlo! Ahora es cuando me vas a oír tú a mí...

Adonio Tranquilízate. No se trata de ninguna aventura amorosa.

Administ. ¡Ojalá fuese cosa de mujeres!

Adonio Pero ¿qué les puede interesar a las gentes mi vida?

Administ. Es usted una persona sobradamente conocida para que pudiera esperar que no se comentase semejante asunto. La noticia ha corrido como el fuego por un reguero de pólvora... Se comenta, circulan las versiones más contradictorias... Unos aseguran que es usted capitán de una cuadrilla de ladrones; otros dicen, en cambio, que está usted al frente de una Agencia de detectives... Y por último, hay quien sostiene que se ha vuelto usted loco.

Claudina Pero Dios mío, ¿qué es lo que ocurre?

Adonio Calla, monina. Es un lance muy gracioso.

Administ. ¿Le parece a usted gracioso? No se ha dado usted cuenta aún de todo lo gracioso que es... Escuche. Hace un rato estaba yo en casa trabajando cuando entró como una exhalación el señor Fabiani...

Adonio ¡Ah, el ingeniero! *(Se sienta tan sereno, divirtiéndose al oír el relato. Su serenidad pone aún más de relieve la ansiedad del Administrador.)*

Administ. Entró como una exhalación, interrogándome con los ojos, desmesuradamente abiertos. ¿Qué historia es esa? Yo no sabía ni media palabra del asunto, pues desde anoche no había vuelto a salir de casa. Entonces el señor Fabiani me dió un montón de periódicos con la extensa información de lo ocurrido...

Adonio *(Alegre, pero un tanto menos que antes.)* ¿También los periódicos?... ¡Cuidado que la cosa está organizada a las mil maravillas!

Administ. ¿Y eso es todo lo que me dice usted? Yo esperaba que se apresurase a explicarme, a desmentir...

Adonio ¿Yo? ¿Para qué?

Administ. Pero ¿no se da usted cuenta de la gravedad?

Adonio ¿Qué pasa?

Administ. Por lo pronto, el señor Fabiani se niega a firmar el contrato que teníamos proyectado.

Adonio Pero ¿es posible que ahora se niegue a firmar?

Administ. ¡Y tan posible! Dice que no puede comprometer a la Sociedad que preside con un contrato estipulado con un hombre... perdone usted que repita sus palabras. Con un hombre que después del suceso de anoche no puede inspirar a nadie la menor confianza.

Adonio *(Con ímpetu.)* ¡Pero ese hombre está loco! *(De pronto, como si se le ocurriese una explicación, sonríe, se sienta junto al Administrador y reanuda la conversación con acento tranquilo.)* Vamos a ver. ¿Está usted seguro de que era el verdadero Fabiani?

Administ. ¡No he de estarlo!

Adonio ¿No sería una persona caracterizada que le representase?

Administ. Señor Conde, si yo trato a Fabiani desde pequeño, si le veo casi a diario...

Adonio *(Permanece un instante turbado, pensativo, haciendo deducciones.)* Sin embargo... No... No es posible... Como no sea que usted esté también metido en el engranaje...

Administ. ¿Yo? ¿En qué engranaje?

Adonio *(Se levanta y le mira de pies a cabeza.)* No. No. Usted no. Es usted una persona demasiado formal. Sin embargo, como la organización es tan maravillosa...

Administ. *(A Claudina.)* Pero ¿qué está diciendo?

Claudina ¿Y a mí me lo pregunta usted? ¿No ve que estoy con los ojos abiertos de un modo que ya me duelen, tratando de adivinar qué es lo que aquí pasa, sin conseguirlo?

Adonio Sí, sí. ¡La pobrecita no entiende lo que aquí pasa!... ¡Pero ha representado su papel a las mil maravillas!

Claudina ¿Que yo he representado mi papel?

Adonio ¡Vaya, no sigas la farsa del amante encerrado en el armario, los ramos, las alarmas!...

Claudina Te aseguro que cada vez te entiendo menos.

Adonio ¿Ahora salimos con que no me entiendes? Pues bien. Entonces es que realmente ese caballero había venido citado por ti y estabas a punto de engañarme... en cuyo caso tomaré el revólver en serio... *(Le coge.)*

Administ. ¡Por Dios! *(Quita el revólver de manos del Conde, que no opone resistencia.)*

Claudina *(Precipitadamente.)* ¡No, no, no! ¡Eso sí que no!

Adonio ¿Lo ves? ¿No te has dado cuenta aún de que yo estaba en el secreto y quieres seguir la comedia?

Claudina *(Atontada.)* Sí... sí...

Administ. *(Que ha examinado el revólver.)* Hace usted bien en llevar este arma descargada.

Adonio ¿Cómo descargada, si yo mismo esta mañana?...

Administ. Vea. Vacío.

Adonio ¡También soy yo tonto!... Me le han descargado por si acaso yo tomaba las cosas en serio... ¡Admirable! ¡Verdaderamente admirable, porque no me he dado cuenta de cuándo han podido!...

Administ. ¿Y qué solución encuentra usted para el caso del ingeniero señor Fabiani?

Adonio ¿Solución?... *(No sabe si reir o ponerse serio. Duda entre la realidad y la farsa.)* Indudablemente se trata de producirme una nueva sorpresa... aunque bien mirado... *(Cogiendo el revólver de manos del Administrador.)* Pero ¿cuándo han podido descargarle?... Sí. Está dentro de la farsa seguramente... Lo malo es que... Oiga, querido amigo. ¿Tiene usted dinero disponible?

Administ. *(Sorprendido.)* ¿Que necesita usted dinero? ¿No le entregué ayer mismo?...

Adonio Pero ya no tengo un céntimo.

Administ. ¿Se lo han robado a usted todo?

Adonio ¡Qué me van a haber robado!

Administ. ¿Entonces?

Adonio Los ladrones se lo llevaron todo... Lo tienen en depósito.

Administ. ¡Virgen Santísima! ¡Entonces es cierto todo lo que dicen los periódicos!... ¡Habrase vis-

to! Entregar en depósito a unos ladrones cerca de cien mil liras...

Claudina Pero el dinero está ya en poder de la Policía.

Administ. ¿Eh?

Adonio Pero mientras tanto, necesito algún dinero... Esta mañana escribí a mi banquero incluyéndole un cheque para que me enviase en seguida 30.000 liras. Y por cierto que me choca que no me las haya enviado...

Administ. Como no estaba usted en casa... Podemos telefonear para que vengan aquí. *(Ha descolgado el aparato del teléfono.)* Central. 89-29.

Claudina *(Tímidamente.)* Pero ¿estás sin dinero?

Adonio Cuestión de unos minutos...

Claudina Yo puedo. Aún no he pagado las cuentas...

Adonio Gracias, monina.

Administ. Soy Manfredi... Quisiera hablar con el señor director... Oiga; el señor Conde... No... Está aquí precisamente conmigo... ¡Y tan libre! Le digo que no. ¡Palabra de honor!... *(Meneando la cabeza con pesadumbre.)* ¿Es de veras? ¡Caramba, esto es más grave!... Sí, sí. Me hago cargo... Muy bien. Quede usted con Dios. *(Cuelga el aparato.)* Pues dice que por el momento... hasta que las cosas se aclaren no puede entregarle ningún dinero... Tiene que hacer determinadas averiguaciones... Parece que ha recibido órdenes prohibiéndole tocar a su cuenta corriente...

Adonio ¡Ese hombre tiene que haberse vuelto loco!

Claudina ¡Ay, Adonio de mi alma; tengo miedo! Estoy intranquila...

Adonio No te apures, tonta. Todo esto es muy interesante. Esta es la vida de emociones y sobresaltos que yo soñaba. Me la están preparando a pedir de boca.

(Claudina y el Administrador se miran asombrados.)

Doncella *(Entrando.)* ¡Otra visita!

Adonio ¿No te digo? ¿Quién es?

Doncella El señor Carachí.

Adonio Que entre.

Claudina ¿Y tú eras el que me exigía que éste fuese un nido ignorado de todos?...

Adonio ¡Pues nos está resultando hoy un escaparate!

Carachí *(Muchacho joven, elegante.)* ¡Chico, eres lo

que se dice un gran hombre! El hombre del día. ¡Venga un abrazo!

Adonio *(Mirándole detenidamente.)* ¿Eres realmente Carachí?

Carachí ¿Quién quieres que sea?

Adonio ¡Qué sé yo! ¡Por si acaso!... Como no sé dónde empieza la verdad y termina la película...

Carachí ¿Quién quieres que sea, hombre?

Adonio ¡Qué sé yo! Por si acaso.

Carachí *(Con entusiasmo.)* Deja que te contemple, héroe. ¡Vaya un golpe!... Y la gente que se cree...

Adonio ¿Qué cree la gente?

Carachí Yo no, ¿sabes? Yo he adivinado en seguida que se trataba de un colosal camelo.

Adonio Bueno, pero no lo vayas diciendo por ahí, por Dios.

Carachí ¿Y por qué no?... Todo el mundo se ha tragado el anzuelo. Incluso la Policía. Hasta es muy posible que te prendan.

Adonio ¿Que me prenda la Policía? ¿Pero la Policía auténtica?

Carachí ¡Claro! Son tan contadas las veces que puede prender al autor de un robo... ¡Chico, si es graciosísimo! Hace un rato, Mallano el abogado, me decía que debía aconsejarte que te escaparas... Porque, claro, él no supone que se trata de una burla... Yo, por el contrario, te aseguro que como consigas que te prendan, vas a ser verdaderamente célebre.

Adonio ¡Es que yo no quiero que me detengan!

Claudina Realmente, el Comisario te ha amenazado...

Adonio ¡Vamos, mujer! Si era un Comisario de pega. Muy bien caracterizado, pero de pega.

Administ. ¿A quién se refiere usted? ¿Al Comisario que salía de aquí en el momento de llegar yo?

Adonio Justo.

Administ. Pues perdone usted, pero es un Comisario auténtico. Es Babetti. Persona conocidísima. Yo le trato. Me ha saludado al encontrarme en la escalera.

Adonio *(Que empieza a turbarse.)* Un momento. Vamos por partes. Procuremos no complicar más todavía este enredo... A mí todo esto no me hace ninguna impresión. Es decir; me impresiona en el sentido de emoción... Pero al fin y al cabo, por otra parte, también es lógico que me preocupe... Se harán ustedes cargo... ¿Me comprenden ustedes?

Administ. ¡Ni pizca!

Claudina Yo, hijo, no entiendo una palabra. Me parece que estoy en el cine viendo trozos pegados de películas distintas...

Adonio ¡Precisamente! Te hace el efecto de que te hallas en el cine... Muy bien. Pero ¿qué tiene que ver en este asunto el Comisario, pregunto yo?

(Todo el diálogo que sigue se llevará con extraordinaria rapidez.)

Administ. Tiene que ver, porque ha habido un robo.

Adonio ¡Pero si no ha habido tal robo!

Claudina Eso digo yo. Estoy harta de oir hablar de un robo, y yo no sé qué robo es ese. Aquí no ha habido ningún robo.

Adonio Puntualicemos. El robo existe sin existir.

Carachí No. El robo existe.

Adonio Eso es.

Administ. ¿No ha de existir el robo, si han prendido a los ladrones?

Adonio ¡Pero si aquéllos no eran ladrones!

Claudina Pero ¿tú los conocías?

Adonio ¿No he de conocerlos?

Claudina ¿Y estabas de acuerdo con ellos?

Adonio ¡Naturalmente!

Claudina ¡Ay, Dios mío!

Adonio Mejor dicho. No. Pero estaba en el contrato.

Administ. ¿Un contrato con unos ladrones?

Adonio *(Abrumado por las preguntas de los tres, que se le echan encima.)* ¡Ea! ¡Basta ya! Me están ustedes ahogando con tanta pregunta. Yo, en cambio, necesito tranquilidad, calma, para ser dueño de mí mismo... Claro es que yo sé perfectamente de lo que se trata... Es decir, no lo sé. Esto es lo más chistoso del caso. Que no lo sé. Pero por lo mismo necesito que no me distraiga nadie. Todos los acontecimientos están enlazados como por una cadena. Pero a veces faltan los eslabones... Yo quería, sí, algo imprevisto; pero esto ya más que imprevisto es un ciclón, una tromba... Ahora hacía falta mandar parar un momento los acontecimientos...

Administ. ¿Mandar parar el qué?

Adonio Si no la realidad acaba por fundirse con la ficción, y es volverse loco... El Banco ya no procede de acuerdo con los ladrones... *(Refle-*

xiona, deduce mirando al vacío y echando cuentas con los dedos.)

Claudina Pero ¿qué estás diciendo?

Administ. *(Echándose encima de él)* ¡Por Dios, señor Conde!

Adonio *(Con vehemencia.)* ¡Calma! Mucha calma... El Comisario era falso... *(Gestos del Administrador.)* Digo, no. Era un Comisario auténtico. Ya lo sé. Es preciso ser muy exactos e ir despacio. *(A Claudina.)* Los ramos, ¿eran dos o uno?

Claudina *(Cogida de sorpresa.)* Uno... Digo, dos.

Adonio Por Dios y por todos los santos. No te armes tú también un lío. ¿El señor del armario era falso?

Claudina Nada de eso.

Adonio ¡Ah! ¿Entonces era verdad? ¿Ocultabas un hombre aquí?

Claudina ¡Falso! ¡Era falso! ¡Falsísimo!

Adonio En fin. Era un truco, ¿no es eso?

Claudina Sí... Era... Era un truco.

Adonio Tú no hay duda de que eres Claudina...

Claudina ¡Ay! Pero ¿qué dices?

Adonio Yo... ¡Ay, Dios de bondad! Yo empiezo a preguntarme a mí mismo quién soy realmente.

Administ. ¡Señor Conde!

Adonio ¡Gracias!... Me vuelve usted a la realidad... Me hace el efecto de que aquí se respira una atmósfera de locura... Hacía falta algo externo que nos diera una base, un punto de apoyo. Un elemento nuevo. *(Suena el timbre.)* ¡Ah! *(Sobresalto general. Todos los personajes quedan con los ojos fijos en la puerta.)*

Comisario *(Se quita el sombrero y se dirige a Adonio.)* Pido a usted perdón, pero no tenía tiempo para dejar que me anunciasen.

Adonio ¿Otra vez por aquí? ¿Qué hay de nuevo? Hable sin reparos, puesto que ya estamos...

Comisario La verdad. No esperaba tener que volver tan pronto a esta casa, pero el señor juez me ha encargado que le ruegue a usted que vaya en el acto a su despacho, pues necesita ciertas explicaciones que sólo usted puede darle...

Claudina ¡Ah! ¡Una detención en toda regla!

Comisario No, señora. Serénese. Se trata de una simple invitación.

Adonio ¡Hay para perder la cabeza! *(Al Administrador.)* ¿Usted dice que conoce a este señor?

Administ. Sí, señor. Desde hace años.

Adonio *(Que mira fijamente al Comisario, sobre todo a la cabeza.)* Hay que dar con alguna base que nos haga ver dónde empieza la realidad y termina la farsa. Cuáles son los personajes auténticos y los fingidos. *(El Comisario le mira con desconfianza. Casi gritando.)* ¿Conque usted es un Comisario de verdad?

Comisario ¡Basta ya, señor Conde!

Adonio *(Inspirado repentinamente, se le acerca.)* ¡Ah! ¿Conque basta ya? ¡Sí, señor; basta ya! *(Coge al Comisario por el pelo, sin que éste pueda evitarlo, y se queda en la mano con un magnífico peluquín. El Comisario es calvo como una bola de billar.)*

Comisario *(Gritando furioso.)* ¡Basta! ¡Es un desacato! ¡Deme usted eso! *(Se tapa la cabeza, se cubre con el sombrero y luego se le quita.)*

Adonio *(Triunfante. Ondeando la peluca como una bandera.)* ¡Por fin! ¡Aquí está la base que buscábamos!... ¡Bien lo sabía yo!... Ahora todo se explica. *(Se torna tranquilo, dueño de sí mismo, y muy fino devuelve la peluca al Comisario.)* Tenga. Cúbrase. Hágame el favor.

Comisario *(Azoradísimo, se pone la peluca torcida, como un gorro, y dice iracundo.)* ¡Venga usted conmigo en seguida o mando subir a los agentes!

Adonio *(Correctísimo, sonriendo.)* No. No se moleste ni moleste a nadie. *(A los demás.)* ¿Lo han visto ustedes?... Así tenía que ser. Así se vuelve al terreno de la lógica. *(Dando un golpecito al Comisario.)* Pase usted primero. Adiós, monina.

Claudina ¡Adonio!...

Adonio Espérame. Ya puesto otra vez en la ficción, sigo intrigadísimo... *(Se inclina y sale. Todos los personajes se quedan perplejos.)*—*(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall en casa del Conde.

En el foro, el recibimiento, amplio, que da al jardín. La sala tiene una puerta en la derecha y otra en la izquierda. Los personajes que vienen de la calle entran por el foro izquierda. Las habitaciones del Conde están en la parte de la derecha del hall.

Muebles muy lujosos, tanto en la sala como en el recibimiento. Todo dispuesto con buen gusto.

Es de día.

JOSE entra por el foro izquierda acompañando al PROFESOR Salvioni. Este viste severamente de negro. José le coge el sombrero y el bastón.

José — Tenga la bondad de sentarse. ¿Desea usted hablar con el señor Conde?

Profesor — Sí. Es un asunto urgente.

José — Perdone usted, pero no me parece el momento más oportuno.

Profesor — Me hago cargo, pero necesito verle. Vengo comisionado por su familia. ¿Es que está en la cama el señor Conde?

José — No; pero me tiene recomendado que no deje pasar más que a los íntimos. Comprenderá usted que después de lo ocurrido...

Profesor — Pero vamos a ver, ¿de qué se trata realmente?

José — Perdone usted, pero no estoy autorizado...

Profesor — Dígame siquiera si es cierto que el señor Conde ha estado detenido en la Jefatura de Policía...

José — De ningún modo. El comisario le invitó a que fuera a ver al juez y al jefe de Policía para darles ciertas explicaciones; pero después,

como muchos amigos respondieron por él, el señor Conde recobró en seguida la libertad. Unicamente se le ha rogado que se abstenga de salir de casa, y según habrá usted observado, ésta sigue vigilada por la Policía.

Profesor Efectivamente. He visto ahí fuera a un comisario y varios agentes...

José ¿A quién debo anunciar?

Profesor El profesor Salvioni. De parte de la familia del señor Conde...

José Tenga la bondad de esperar un momento. *(Vase por la derecha. Momentos después por la misma puerta sale ADONIO. José sale detrás, cruza la escena y se va por el foro.)*

Adonio *(En traje de casa.)* ¿Qué desea usted? *(Le mira con desconfianza y escudriña toda la habitación temiendo una sorpresa.)*

Profesor Tengo que hablar con usted unos momentos.

Adonio *(Con desconfianza.)* ¿Viene usted solo?

Profesor Completamente solo.

Adonio ¿No se trata de una nueva sorpresa? Dígalo desde un principio, porque de todos modos he de acabar por adivinarlo. Estoy sobre aviso, ¿sabe? Quiero que paren los acontecimientos... Siéntese si quiere... *(El Profesor se sienta después de mirar al Conde con desconfianza y haciendo al mismo tiempo un gesto de compasión.)* ¡Caramba, ahora se acuerdan de mí mis parientes!... ¿Y usted quién es?

Profesor Carlos Salvioni... Profesor...

Adonio ¿Profesor de qué?

Profesor Profesor... de... de Caligrafía.

Adonio ¡Hombre, profesor de Caligrafía en estos tiempos en que impera la máquina de escribir!... Vaya, vaya, le ruego que deje de embromarme...

Profesor Señor Conde... si duda usted... Traigo una carta de su tío el senador...

Adonio Bueno, bueno... *(Coge la carta, la da mil vueltas y la mira al trasluz.)* Parece auténtica, pero vaya usted a saber...

Profesor *(Persistiendo en su actitud indulgente y compasiva.)* Vaya si es auténtica... Su tío me dijo que para enternecerle a usted le diese el nombre con que cariñosamente le llamaban de pequeñito. «Pimpín.»

Adonio Pues bien, insigne profesor caligráfico, diga usted a mis caros parientes que estoy muy bien y que les agradezco su interés...

Profesor Sí. Ya veo que goza usted de excelente salud. ¿No padece usted de insomnio, verdad?

Adonio Yo, no.

Profesor Así y todo, una estancia demasiado larga en la capital no es beneficiosa para los nervios. En cambio, conozco yo en el pinar del valle de Osia un hotelito oculto entre el verdor de la campiña... Sus parientes seguramente se alegrarían de que fuera usted a pasar una temporada en el hotelito, lejos del ruido y de la nerviosidad de la ciudad.

Adonio *(Saltando furioso.)* Pero señor mío, ¿qué tiene que ver la caligrafía con los pinares y los hotelitos?

Profesor Le diré a usted...

Adonio Nada. No me diga usted nada. ¿Usted es aficionado al cine, verdad?

Profesor Mucho. La vida es una película cinematográfica...

Adonio ¿Sí, eh? Pues basta de películas, amigo mío. ¡Ya estoy harto! ¡Harto! ¿Se entera usted? Desde un principio me he dado cuenta y se lo he dicho...

Administ. *(Sin anunciarse, entra muy fatigado. Adonio, al verle, vuelve la espalda al Profesor y se dirige hacia él.)* El más completo fracaso, señor Conde.

Adonio ¿No ha encontrado usted a nadie que?...

Administ. En el Banco he visto a gente... Pero de dinero, ni un céntimo.

Adonio ¡Es inaudito! ¡Un dinero que es mío!...

Administ. No es que se nieguen a entregarlo. Se limitan a dar largas con mil disculpas... La causa de todo es el escándalo de que la Prensa no deja de ocuparse prolijamente...

Adonio ¿Y el Director?

Administ. ¿El director de la Dramo-cine?... Perdone usted, pero no me explico que en estos momentos tan graves sigue usted preguntando con tanto interés por el director de una Sociedad cinematográfica. *(Adonio hace un gesto de cólera.)* No. No se enfade, por Dios. Le aseguro que para complacerle he buscado por todas partes a ese dichoso director. Me han asegurado que desde anteayer ha des-

aparecido como si se le hubiera tragado la tierra.

Adonio (*Resignado.*) ¡Claro! Sigue entregado a su funesta labor... ¡Sabe Dios qué desastres me estará preparando! ¿Pero no hay medio de hablar con él, de telefonearle, de pedirle una tregua, de mandarle venir aquí un momento?... ¡Quién sabe qué serie de acontecimientos, de emociones, tengo suspendida sobre mi cabeza!

Administ. Anteayer se quejaba usted de la monotonía de su existencia...

Adonio Sí. Es cierto. Y aun ahora mismo le confieso que me encanta el movimiento y me hastía... (*Encarándose con el Profesor.*) Pero ¿usted qué quiere?

Profesor Lo del hotelito en el valle de Osía...

Adonio (*Presentando.*) Mi administrador, mi apoderado general. El profesor de caligrafía señor Salvioni, que se dedica a alquilar hotelitos... (*Los dos se dan la mano. El Profesor guiña el ojo de un modo muy significativo. El Administrador le mira extrañado y hace el mismo gesto.*)

Claudina (*Entra como un ciclón.*) Hola, Adonio de mi alma. ¡Ay, me devoraba la impaciencia! Ardía en deseos de abrazarte...

Adonio (*Indicando que no está solo.*) Hola, hija mía. Refrena tus ímpetus.

Claudina Es horrible, horrible no poder estar a tu lado. Las horas se me han hecho siglos, pero hoy la manicura ha ido más tarde que nunca. Por fatalidad me tocaba ir al ondulador y para colmo he tenido que mandar llamar a la modista porque el vestido me sentaba horriblemente. Aun así, mira. Es un mamarracho. Creo que no tiene arreglo posible... Figúrate cómo habré estado de impaciente no pudiendo venir en seguida... Pero dime, dime. ¿Hay algo nuevo? ¿Puedo yo serte útil en algo?

Adonio (*Ocurriéndosele una idea.*) Mira, sí... Tal vez...

Claudina Dime, dime... (*Mira con curiosidad al Profesor e interroga a Adonio con la mirada.*)

Adonio ¿No conoces a este señor? El profesor Salvioni. Gran pendolista, que tiene un hotelito en el valle de Osía...

Profesor ¿De la familia esta señorita?...

Adonio Sí... Tía mía.

Profesor ¡Oh!, muy joven... Mucho gusto...

Adonio No nace uno cuando quiere, sino cuando le echan al mundo. Pero ustedes, seguramente, querrán cambiar impresiones. Nada de cumplidos. Pasen aquí a mi despacho. *(Empuja al Profesor y al Administrador hacia la derecha y cierra tras ellos.)* Ven, Claudina, ven. Me tienes abandonadísimo. Tú que eres la única persona...

Claudina No te he dicho que la manicura y el ondulador...

Adonio Debieras haber venido esta mañana...

Claudina ¿Ves, tontín, si me hubiese quedado aquí?

Adonio Puede que tengas razón; después de lo que está pasando, las conveniencias, el decir de las gentes me deben tener sin cuidado...

Claudina Pero, vamos, no hables así. Y sobre todo, no me mires con esos ojos extraviados. Me das miedo... Desde ayer yo no entiendo una palabra de lo que te pasa...

Adonio Sí, sí, Tienes razón. Es preciso que te explique. Yo deseaba que en mi vida ocurriese algún lance inesperado. La escenita que me preparaste con lo del armario no era nada excesivo...

Claudina *(Muy turbada.)* Bueno, Adonio, no hables... Te excitas... ¿No sería posible que saliésemos a dar un paseo? Iremos a cualquier lado. Mira, quiero que veas unos modelos que acaba de traer de París mi sombrerera...

Adonio No esquives la conversación... No quiero reprenderte, tontina.

Claudina Te juro que estoy muy arrepentida. Ha sido la primera vez y será la última...

Adonio Muy bien, muy bien. Eso se llama poseer el sentido de la medida. Tú, me quieres y no te empeñas en abusar; pero el otro, en cambio, es implacable.

Claudina ¿El otro?... ¿Quién?

Adonio ¡Toma, el director!

Claudina *(Sin comprender.)* ¡Ah, ya!

Adonio Pues mira, Claudina de mi alma, tú que le conoces, haz el favor de ir a buscarle.

Claudina ¿Pero a quién?

Adonio Al director de la Dramo-Cine, al señor que vimos aquí anteayer dirigiendo la película...

Claudina Ya, ya me acuerdo.

Adonio Le dices de mi parte que lo suspenda todo inmediatamente y que venga, porque necesito hablar con él.

Claudina Perdóname, Adonio de mi alma, pero no te entiendo.

Comisario *(Disputando en la puerta con José.)* Le digo a usted que tengo órdenes de mirar de cuándo en cuándo si no ha salido de casa.

Adonio ¡Imposible vivir así, Claudina! Es demasiado. Tiene que terminar todo en seguida.

Claudina Pero explícame claramente.

Adonio Es muy sencillo. Anteayer yo contraté con el director de la Dramo-Cine una serie de emociones...

Claudina ¡Ah! *(Quedan hablando. Adonio le da explicaciones. Claudina de cuándo en cuándo lanza exclamaciones de sorpresa.)* ¿Pero es posible? ¿Todo era una película? ¡No sé cómo no te has vuelto loco!

José ¡Ya lo ha visto usted! ¡Puede retirarse! Es una indiscreción intolerable. ¿No ve usted que está con una señorita?...

Comisario Yo no me voy a asustar por nada...

José Pero ellos sí. *(Disputan hasta que terminan de hablar Adonio y Claudina.)*

Claudina ¡Vamos, cómo me iba yo a imaginar que casi todo lo que está ocurriendo está preparado!...

Adonio ¡Chist! Que no te oigan. Vete corriendo, dile que lo suspenda todo, porque temo volverme loco, y que venga aquí en seguida.

Claudina Adiós. *(Vase corriendo por el foro.)*

Adonio Es un encanto de muchacha... Y pensar que mi vida transcurría tan dulce y agradablemente. *(JOSE entra sin ser visto y le presenta bruscamente una bandeja con una carta.)* ¿Qué hay? *(Violentamente.)* ¿De parte de quién viene esto?

José No se. Viene cerrada y al trasluz no se lee...

Adonio *(Coge cautelosamente la carta, la abre con desconfianza, valiéndose de un cortapapeles, y acaba por rasgar el sobre con un gesto casi heroico.)* «Caballero: Sus aventuras me han cautivado. Si verdaderamente es usted un delincuente, mi corazón y mi fortuna... Soy joven, bella y millonaria.» ¡Bah!... Otra más... ¿Qué te parece, José? Más de veinte decla-

raciones desde ayer. ¡Y tan caro como me venía costando hasta ahora el amor!... *(José se retira al ver entrar a Claudina.)* ¿Tan pronto estás de vuelta? ¿Le has visto?

Claudina No. Es que he encontrado en la misma puerta a tu amigo Carachí y le he hecho el encargo para no separarme de ti.

Adonio ¿Y le has explicado?...

Claudina No. Le he encargado únicamente que busque al director y nos le traiga aquí a toda costa... Pero dime, ¿por qué no decirle la verdad a ese dichoso comisario que está ahí en la puerta con dos agentes?...

Adonio ¿No te has dado cuenta de que es un comisario fingido, un actor a las órdenes del maldito director de la Dramo-Cine?

Claudina ¿Ah, sí?... Pues díselo a tu Administrador...

Adonio Inútil también. Este, si no está de acuerdo con ellos, como es medio tonto, está haciendo un papel sin darse cuenta siquiera. Te digo que es una trama complicadísima. Una verdadera tela de araña en cuyas mallas nos enredamos más cada vez que intentamos movernos... Pero lo horrible es no saber dónde termina la farsa y comienza la realidad.

Claudina ¿Y ese profesor que ha venido ahora?...

Adonio De la pandilla también lo mismo que el famoso Max Lindo...

Claudina ¿De modo que Max Lindo obraba por cuenta de la Dramo-Cine?

Adonio ¡Ah! ¿Pero es que tú creías que obraba por su cuenta?

Claudina No, Adonio; ya te he explicado...
(Se abre la puerta de la derecha y asoman el Administrador y el Profesor.)

Adonio ¡Ya estamos otra vez!... ¿Es que no voy a tener un momento tranquilo?

Administ. Somos nosotros...

Adonio Ah, son ustedes... Me había olvidado y temía... ¿Han discurrido ustedes algo en el tiempo que han estado encerrados? ¿Le ha propuesto a usted alguna cosa el ilustre pendolista?

Administ. No... Nos hemos limitado a charlar...

José Señor. El comisario que se empeña en volver a entrar para cerciorarse de que no ha

salido usted disfrazado ni se ha evadido por la azotea...

Comisario Perdón, señor Conde... Es mi deber...

Adonio *(Al Administrador y el Profesor.)* ¿No les parece a ustedes que ya es una impertinencia intolerable?

Administ. Señor Conde, que se trata de un comisario...

Adonio ¡Calle, por Dios! ¿Usted cree que con esa cara se puede ser otra cosa que un mal racionista de una compañía de opereta o un mal actor de cine?

Comisario Señor Conde... Tengo que hacer grandes esfuerzos para prohibirme a mí mismo no decirle a usted algo en consonancia con sus desacatos...

Adonio ¡Qué gracioso! Se atreve a hablar de desacatos...

Comisario Ayer me puso usted la mano encima... ¡A mí! A mí, que nadie se ha atrevido a tocarme al pelo de la ropa...

Adonio ¡Ah!, es que yo le toqué solamente al pelo del peluquín. *(Ríen todos.)*

Comisario ¡No tolero burlas!

Administ. Vamos, no se enfade usted. Ya sabe que al señor Conde le gusta bromear.

Comisario Es que las bromas pueden que le cuesten caras. Aún no sabemos lo que le puede pasar...

Adonio ¡Eso sí que no! ¡Nada de eso! Yo no quiero que me pase nada. Nada. ¿Lo entiende usted?

(Va oscureciendo.)

Comisario *(Aparte al Administrador.)* A veces me parece que este señor está rematadamente loco...

Profesor ¿Ahora se entera usted? ¡Si yo he venido precisamente comisionado por su familia para llevarle a un manicomio!...

Claudina *(Oye lo que dice el Profesor y da un grito, asustando a todos.)* ¡Ah!

Todos ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

Claudina *(Precipitadamente, abrazándose a Adonio como para defenderle.)* ¡Adonio de mi alma! ¡Que quieren encerrarte en un manicomio! ¡Que creen que estás loco!...

Adonio ¿Loco? ¿Quién cree?...

Claudina Ese señor.

Adonio ¿Pero es posible que crea usted que estoy loco?

Profesor De ningún modo... Pero una temporada en mi hotelito...

Adonio *(Excitado.)* ¿A mí?... ¿Es que puede creerse que estoy loco? ¿Es que mis parientes, que jamás se han acordado de mí, pretenden ahora inhabilitarme?... ¡Basta! ¡Basta ya! ¿Lo oye usted? *(Al Comisario.)* Esto ya es demasiado.

Comisario Pero yo...

Adonio Yo soy el que pago y le mando que quede esto aquí o soy capaz de volverme loco de veras y comenzar... *(Al ver que sus gritos asustan a los oyentes, se percata de que efectivamente pueden creerle loco y cambia bruscamente de tono.)* Muy serenamente pondremos esto en claro... La locura ha sido mi maldita ocurrencia, porque puede ocurrirme lo que no me espero, pero espero que no me ocurra. Ahora ocurra lo que ocurra... Bueno, ¿les parecerá a ustedes que hablo incongruentemente?...

Administ. No. De un modo clarísimo. ¿Verdad, señores?

Adonio ¡No me de usted la razón en la forma que se les da a los locos!... Si ahora lo comprendo... Para el que no esté en el secreto, esto es una locura.

Claudina Yo se lo voy a explicar... Lo que puedo explicarles, porque hay cosas que ni yo misma entiendo aún.

Adonio No. Calla tú. ¿No ves? Hace un momento creíamos que este señor *(Por el Profesor.)* tenía un papel en la farsa, y al parecer se trata de un auténtico enviado de mi familia. ¿Quién nos dice que el ridículo Comisario no es también un legítimo representante de la autoridad?

Claudina El caso es que así no podemos continuar...

Adonio Para demostrar a estos señores, a los que no están en el secreto, que realmente no estoy loco, necesitamos una base... *(A Claudina.)* ¿Por qué no les explicas tú lo que sucedió ayer en tu casa con Max Lindo?

Claudina Te diré, Adonio. Más vale que seas tú el que tome la palabra.

Adonio *(A Carachí, que entra.)* ¡Ah, tú! ¿Traes alguna base?

Carachí ¿Yo?

Adonio ¿Has encontrado al director de la Dramo-Cine?

Carachi No. Se lo he encargado a Alfredo...

Adonio ¡Vamos, estáis haciendo mi encargo en la forma en que los bomberos se corren los cubos de agua!

Carachi Yo tenía tanta curiosidad por venir...

Adonio ¡Si se presentara el director de la película!...

Profesor Vamos, señor Conde. Atienda usted mi consejo. Una temporada en el pinar...

Adonio ¡A usted le tiro yo por una ventana! *(Reprimiéndose inmediatamente.)* Tranquilícese. Sólo deseo darle una prueba de mi cordura... Por fuerza esa gente ha de seguir y tendré ocasión... *(Hacia el foro se oye el ruido de un cristal al ser roto.)* ¡Silencio! *(Todos se quedan sorprendidos, asustados. Claudina va hacia el foro y retrocede en seguida.)* ¿Qué es? *(Claudina le habla bajo, dándole explicaciones.)* ¡Ah, si ya decía yo que no tardaría en presentarse la ocasión! ¡La estaba esperando! Era muy raro que hoy siguiesen las cosas lo mismo. *(Los personajes se disponen a ir hacia su lado con curiosidad y temor, y Adonio les ruega que guarden silencio.)* ¡Callen, por Dios! *(Todos, escondidos tras él, miran hacia el foro.)* ¡Es mi revancha! El que esté en el secreto, que se calle, y el que no, que mire hasta convencerse de que no estoy loco... ¡Todos ahí, que viene! *(Apaga la luz, empuja a todos los personajes y los hace esconderse en la izquierda. Quedan todos mirando por la rendija de la puerta o desde detrás de un biombo.)*

Claudina ¿Y tú? ¿Te pasará algo?

Adonio ¿No sabes que no, mujer? *(La empuja para que se una a los otros y él se coloca en el centro de la escena, sentado en una butaca, de espaldas al foro.)*

(Un instante después aparecen por el foro cuatro, seis, ocho muchachas, cuantas más mejor, y cuanto mejor formadas mejor aún, vistiendo el indispensable mallot de Fantomas y llevando en la mano linternas eléctricas. Tras ellas viene el Director, con capuchón negro. La escena está iluminada de atrás adelante, o sea que en el vestíbulo hay claridad y en el hall penumbra. Las Fanto-

mas avanzan con todos los movimientos, con todas las precauciones propias de las películas. Esperan siempre las indicaciones del Director. En una mano llevan la linterna y en la otra unos puñales tremendos. El Director, revólver. Evolucionan por la habitación y a una orden del Director rodean al Conde.)

Director ¡Coserle a puñaladas si no nos entrega su tesoro!

(Los Fantomas ponen los puñales al pecho del Conde.)

Comisario ¡Presos todos!

(Los demás personajes, entre curiosos y asustados, se mantienen escondidos.)

Adonio *(Con un movimiento rápido arranca la careta al Director y corre a encender la luz.)* ¡No lo decía yo! ¡El propio Director!

Director *(Enojadísimo.)* ¡Señor Conde, así es imposible trabajar! ¡Lo echa usted todo a perder!

Comisario *(Aún receloso, esquivando los puñales y parapetándose tras un mueble.)* ¡Daos presos! ¡Abajo las armas!

Director *(Con ira.)* ¡A tu sitio tú también!... Te habrán dicho que salgas después, cuando nos le llevemos atado. Entonces disparas... Además, ¿qué modo es ese de caracterizarse?

Comisario ¿Eh? *(Sorpresa general.)*

Director ¡Vaya un peluquín ridículo!... Usted es nuevo en la casa, ¿verdad? ¿No le ha explicado a usted Pereletti que no es precisamente una película? ¡No sé cómo le han confiado papel de tanta importancia!...

Comisario *(Espantado.)* Pero ¿qué me dice usted?

Adonio Además de mal actor es testarudo como él solo. Se empeña en no salirse de su papel... Despídale usted, amigo mío, que me ha dado muchos disgustos.

Director No hay más remedio que volver a ensayar otra vez.

Adonio ¡No!... ¡Ya es bastante! Señores, les presento a mi amigo el director de la Dramo-Cine... A este caballero había encomendado la misión de proporcionarme alguna que otra emoción...

Comisario ¿Pero este señor se dedica a preparar emociones?

Adonio Y como se excede, le había mandado que

suspendiese la serie ante el temor de volverme loco.

Comisario ¿Qué puñales usa esta gente? *(Coge uno que han dejado sobre la mesa, que es de los que se les hunde la hoja, y apoyándosele en el pecho le hace jugar.)*

Director ¡Habrá necio! ¿Quería usted que usásemos puñales de veras para hacernos daño?

Comisario Es preciso que esto se aclare completamente...

Director ¿Pero qué es esto? ¿Usted pertenece a mi compañía o tiene algo que ver con ustedes?

Administ. El señor es un auténtico comisario de Policía. Lo estoy diciendo desde ayer y nadie me hace caso.

Claudina Yo les explicaré a ustedes todo lo que ha ocurrido.

(Forman grupo Claudina, el Comisario y Carachí. El Director hace señas a las Fantomas de que pueden retirarse y éstas hacen mutis.)

Adonio *(Al Director.)* Le felicito, querido Director, por lo bien que ha dispuesto todos los acontecimientos; pero es preciso que todo esto acabe en seguida.

Director ¿Todo esto? ¿El qué?

Adonio ¡Toma! Las sorpresas. Los acontecimientos imprevistos. Las complicaciones de mi vida... Yo no podía concebir una organización tan admirable. Un plan llevado a la práctica con tanta exactitud. El robo de todo mi dinero, la desaparición del auto, luego el hombre metido en el armario como en los vodeviles, la retención del Banco...

Director *(Sin comprender.)* El robo... el auto... el hombre en el armario... Francamente. No le entiendo. He estado encerrado en mi casa dos días con mi secretario para preparar el plan de aventuras emocionantes que me había comprometido a proporcionarle, señor Conde. Y justamente, cuando acabo de iniciar la serie...

Adonio *(Atajándole muy sorprendido.)* ¿Qué dice usted? ¿Que acaba de?... ¿De modo que todo lo que me ha ocurrido desde ayer?...

Director Yo no tengo que ver en eso nada en absoluto.

Adonio *(Excitadísimo.)* ¡Ah! ¿De modo que me han robado efectivamente?... ¿Se han llevado mi

dinero y mi automóvil unos ladrones auténticos?... ¿Yo he desacatado a un funcionario legítimo de la Policía? ¿Luego la escandalosa campaña de Prensa?... ¿Los amigos, mis créditos en el Banco?... ¡Esto es inaudito! ¡Inaudito!... *(Todos los personajes han ido bajando y le rodean.)*

Profesor Atienda usted las indicaciones de su familia, señor Conde. Una temporadita en el campo...

Adonio *(Furioso.)* ¡Vaya usted a paseo!

Claudina Alma mía, no te excites de ese modo. ¿Qué te pasa ahora que está todo aclarado? Precisamente dice el señor Comisario...

Adonio ¿Conque todo, todo era verdad?

Claudina Sí, hijo, sí. Todo. Puedes darte por contento de que lo hayamos puesto en claro...

Adonio *(Echando cuentas con los dedos de todos sus infortunios.)* Los ladrones, el auto, los... *(Se para de pronto. Pone una cara muy seria y mira a Claudina.)* ¿De modo que todo era verdad? *(Ella afirma.)* El hombre del armario...

Claudina *(Cogida de sorpresa.)* ¡No! ¡Eso no! ¡Eso era mentira! *(Le quiere abrazar para salir del paso.)*

Adonio Es preciso que me expliques qué hacía en tu casa ese hombre...

Claudina Ensayábamos una película. Yo también quería sorprenderte. ¿Verdad, señor Director?

Director Cierto, cierto

Adonio Muy bien. Pero que no ocurra nada más. ¡Nada!

Director Ordenándolo usted...

Adonio *(Dejándose caer en una butaca.)* ¡Gracias a Dios! ¡Ya puedo respirar no esperando nada imprevisto!...

Profesor Señor Conde, yo, en su caso, después de todo esto, me retiraría una temporada al hotelito de que le he hablado...

Adonio ¿Pero se puede saber, por fin, quién es usted realmente?

Profesor El profesor Salvioni. Especialista en enfermedades mentales...

Adonio *(Dando un salto.)* ¡Ah! ¿El famoso hotelito es un manicomio? *(Llama al timbre.)* José... ¡Acompaña al señor, que tiene mucha prisa!

Profesor Vaya, vaya... Sin embargo, le dejaré a usted

una tarjetita... *(Deja la tarjeta y se va por el foro.)*

Adonio *(Arrellanándose en la butaca.)* ¡Ah! ¡Qué bien se está así!

Director Sin embargo, ha sido una lástima. Le tenía preparada una serie de episodios... Los criados amordazados, usted encerrado en un sótano, el palacio ardiendo...

Adonio ¿Eh?

Director De todos modos, pienso aprovechar los elementos.

Adonio Haga lo que quiera. Yo le pagaré mi cuenta y que termine lo imprevisto...

Director Muy bien. *(Hace una reverencia y va a retirarse; pero ve a un hombre que con una lata de petróleo y un hachón atraviesa el vestíbulo.)* ¡Eh, tú, detente! ¡Ya no hay nada de lo dicho! *(Al Conde.)* Era el encargado de prender fuego al palacio.

Adonio ¡Lo único que me hubiese faltado!

Director Una pena, una pena.

Adonio ¿Espero que ya estaremos seguros?...

Director Completamente. Puede usted estar tranquilo. *(Vase.)*

Adonio ¡Ay, Claudina! ¡Qué tranquilo respiro!... ¡Qué felices vamos a ser desde ahora!...

Claudina *(Sentándose a su lado.)* Viajaremos...

Adonio ¡No! Nada de emociones. Nada de imprevisto. Tranquilidad. Silencio. Reposo... Hoy día, lo único realmente imprevisto, es la paz. *(Telón.)*

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de *Jean III o L'irresistible vocatión du fils du Monducet*, de Sancha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de *Le truc d'Arthur*, de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de *La buona figliola*, de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida esta adaptación al portugués.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro Apolo.)

La maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Te-

deschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.) (Traducido al portugués.)

Mario y María, comedia en tres actos, de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.) Traducida al italiano y al portugués.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos, de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara.) (Traducida al napolitano.)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Tatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán.)

La máscara y el rostro, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona.)

La maestrilla, comedia en tres actos de don Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Lara.)

El drama de la botica, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.) (Traducido al portugués.)

Una broma de salón, juguete cómico en un acto. (Teatro Cómico.)

Un buen amigo, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

Mi sobrino Fernando, juguete cómico en tres acto. (Teatro Cómico.) (Traducido al portugués y al italiano.)

La reina de la opereta, vodevil en tres actos, adaptación de una obra alemana. (Teatro Lara.)

Clara Moore, comedia detectivesca en tres actos, dividido cada uno en dos partes. (Teatro Cómico.)

La amazona del antifaz, opereta berlinesa, adaptada en colaboración de Badía y Domínguez. (Teatro Apolo.)

El alba, el día, la noche, comedia en tres actos (dos solos personajes), original de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Rosario Pino.)

La fundación Martínez, juguete cómico en dos actos. Coliseo Imperial.)

Un héroe, comedia en tres actos, de Orestes Poggio, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Compañía de Emilio Thuiller.)

Agapito se divierte, adaptación de un vodevil alemán. (Teatro Rey Alfonso.)

Mi compañero el ladrón, juguete cómico en tres actos. (Teatro Lara.)

Lo que no te esperas, comedia en tres actos de Barzini y Fraccaroli, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Coliseo Imperial.)

Verwechselet, verwechselet das frauchen, vodevil en tres actos, escrito en colaboración de Otto Harting. (Estrenado en los teatros de Alemania, Suiza y Holanda.)

Precio: 3,50 pesetas